

TRATADO DE LOS TRES IMPOSTORES

(MOISÉS, JESUCRISTO, MAHOMA)



INTRODUCCIÓN

EL TRATADO DE LOS TRES IMPOSTORES: UN PANFLETO LIBERTINO CONTRA EL INTEGRISMO

Juan Pedro García del Campo

El *Tratado de los tres impostores* fue durante mucho tiempo un estigma. Un estigma, además, de existencia fantasmática. Al menos¹ desde el siglo XII pueden identificarse personajes a los que se acusa –abierta o veladamente– de haber escrito un texto anti-religioso que habría tenido por título *Tratado de los tres impostores* o que habría presentado a los tres grandes fundadores de religiones (Moisés, Jesucristo, Mahoma) como otros tantos impostores o protagonistas de un engaño masivo a partir de la religión; de haberlo escrito o, al menos, de haber mantenido semejantes tesis.

Estos textos, sin embargo, nunca se pusieron sobre la mesa como evidencia del “crimen” cometido. En algún caso sí encontramos en esos personajes formulaciones que, de algún modo, pueden justificar la atribución de posiciones cercanas a lo que constituiría el contenido impío del texto que se les atribuye; en otros casos se trata de personajes cuya práctica política –poco inclinada, por así decir, al sometimiento a las tesis que afirman la necesaria primacía de los poderes confesionales– se oponía a los intereses políticos (ya fueran coyunturales o de largo recorrido tendencial) de las autoridades de las diversas confesiones religiosas; algunos otros, en fin, fueron simplemente reformadores religiosos o

1.- En alguna ocasión se ha citado también a un personaje anterior: Gerberto de Aurillac (995-1003) que fue papa con el nombre de Silvestre II; el motivo que se aduce es que –según se cuenta– tuvo maestros árabes. Sobre la cuestión de la tradición árabe como origen de heterodoxia religiosa se dirá algo más adelante.

políticos a los que, por serlo, se acusaba de impiedad. Pero la existencia del *Tratado de los tres impostores* cuya autoría se les atribuía no puede en ningún caso ser constatada. Durante mucho tiempo, además, intelectuales de renombre afirmaron su inexistencia.

La confluencia de estas dos circunstancias (la supuesta existencia de un texto y la evidencia de su no-presencia) ha sido profusamente puesta en evidencia en numerosas ocasiones. A modo de ejemplo baste citar el artículo “Liber de tribus impostoribus, sive tractatus de vanitate religionum” (libro de los tres impostores o tratado de la vanidad de las religiones) que Prosper Marchand incluyó en el volumen II de su *Dictionnaire historique* publicado en 1758, en el que puede leerse cómo se le considera un “libro quimérico, del que todo el mundo habla pero que nadie nunca ha visto y que, probablemente, sólo debe su existencia o, mejor dicho, todo el ruido que desde hace tiempo hace ese título a un pensamiento libertino e impío de Simon de Tournay, doctor en filosofía y en teología en la universidad de París en el siglo XIII”. Este texto de Marchand es ilustrativo no tanto por la atribución de autoría que realiza cuanto, precisamente, por la manera en que plantea eso que hemos considerado “existencia fantasmática” del texto; importante asunto por cuanto pone de manifiesto la efectividad con que una existencia “quimérica”, el vacío de un texto inencontrable, puede generar y genera efectos.

La singularidad de la cuestión de los impostores

No nos interesa aquí determinar una autoría ni esclarecer la efectividad “material” de la existencia de un texto sino, más bien, recorrer su consistencia “fantasmática” para, desde ese recorrido, situar –y eso sí tiene importancia– el peso y la potencia de una cuestión “temática”, de un “asunto”: el de la presencia incontestable de corrientes de pensamiento contrarias a la primacía de lo religioso en los asuntos políticos desde el momento mismo en que esa primacía fue construida como principal apuesta ideológico-organizativa de las instancias del Orden. Corrientes de pensamiento que recorren la edad media, que se desarrollan en el período renacentista y que continúan presentes en la época de constitución del mundo “moderno”; corrientes de pensamiento cuya pertinencia actual es, además, igualmente incontestable.

Con todo, aunque no es el de la autoría el asunto que aquí nos interesa sino, precisamente, el del “recorrido” del pensamiento que se enfrenta a las apuestas de articulación “integrata” del Orden político, para iniciar ese recorrido puede resultar interesante que nos detengamos en ese asunto de las atribuciones de autoría y en los “motivos” que en su día las sustentaron.

El citado Simon de Tournay (cuya vida se habría extendido durante la práctica totalidad del siglo XIII) es mencionado como posible autor del texto, por un lado por su posición favorable a las tesis de Juan Escoto Erígena² y, por otra parte, porque el dominico Tomás de Cantimpré, muerto en 1263, le atribuye haber dicho que “hay tres que por sus sectas y por sus dogmas pusieron el mundo bajo su yugo: Moisés, Jesús y Mahoma. El primero atontó al pueblo judío, Jesucristo a los cristianos y Mahoma a los gentiles”. Para nuestro propósito, al margen de la veracidad de la acusación formulada por Cantimpré, lo importante es caer en la cuenta de cuál es el asunto que, explícitamente, se juega ya en ella: la afirmación de que los tres fundadores pusieron a sus respectivos pueblos “bajo su yugo” (*subiugarunt*, dice el latín original³) hace claramente referencia a la centralidad de una cuestión política.

Y, como intentaremos mostrar, es esta centralidad política —y no una simple pervivencia de elementos de heterodoxia religiosa— el asunto más importante en relación con la cuestión de la triple impostura.

Aunque pueda parecer inicialmente otra cosa, incluso la manera en que se juega la atribución de autoría a un personaje tan decisivo en la historia del pensamiento como el propio Averroes, en último término, va en esa misma dirección. En numerosas ocasiones se ha insistido en los orígenes árabes del ateísmo filosófico europeo⁴ y además es notorio que a

2.- Juan Escoto Erígena vivió entre 810 y 877: tiempos del “renacimiento carolingio”: primera unificación funcional de los poderes políticos y religiosos a partir de la idea de Imperio cristiano. Sus tesis, interpretadas como panteísmo a partir de su utilización de las gradaciones neoplatónicas, fueron condenadas en el Concilio de París de 1210. El papa Honorio III, en 1225, exigió que todas las copias de sus obras fueran llevadas a Roma para ser quemadas.

3.- Cfr., Thomas Cantimpranus, *Bonum Universale, de apibus*, 1.2, c. 40 n. 5.

4.- Esta tesis fue ya defendida por Ernest Renan en el siglo XIX (ver su *Averroes y el ave-*

partir del siglo XIII el averroísmo fue en occidente casi un sinónimo de impiedad. Sin embargo, aunque el *Tratado de los tres impostores* fue también atribuido a Averroes, ello se debió más a la influencia del pensamiento científico y filosófico que toma asiento en el renacimiento cultural desplegado en el mundo árabe que en tesis que puedan encontrarse en sus obras: Averroes murió en 1198 y su comentario de las obras aristotélicas se convirtió casi inmediatamente en bandera de incredulidad y materialismo. Averroes, ciertamente, aparece prácticamente en todas las listas de posibles autores del *Tratado de los tres impostores* y, según el *Dictionnaire historique et critique* de P. Bayle, habría afirmado que “hay tres religiones... una de las cuales es imposible, el cristianismo; otra, el judaísmo, es una religión de niños; la tercera es una religión de puercos: el islamismo”⁵; pero, dada la “facilidad” con la que Bayle “construye” las referencias de su *Diccionario*, es difícil que alguien pretenda tomar esa referencia como verdad absoluta.

Lo lógico es pensar que la presencia de Averroes en esos listados de posibles autores no tiene por motivo que realmente hiciera afirmacio-

roísmo, de 1852). En relación con el asunto del *Tratado de los tres impostores* esta “influencia” árabe lleva a Raoul Vaneigem –en el prefacio a su edición de este texto del año 2002, París, Payot, *L'art de ne croire en rien suivi de Livre des trois imposteurs* y también en *La résistenc au christianisme. Les hérésies des origines au XVIIIème siècle*, París, Fayard, 1993– a hablar de la importancia de Abu Tahir y de cuantos entre el siglo IX y X rechazaron en el mundo árabe la autoridad del profeta Mahoma: Abu Tahir no sólo sería famoso por ser el responsable del asalto y saqueo de La Meca del año 930 sino que, de algún modo, en esa “práctica” habría mantenido vivo un sentimiento de origen mandeo que hablaría de un Jesús-falso-profeta al que se opondría la figura de Juan Bautista. El mandeísmo pervivió en el Islam durante varios siglos estrechamente ligado a corrientes ismailitas y, según Vaneigem, podría considerársele un antecedente de las corrientes heterodoxas de cuya potencia el *Tratado* sería un claro índice. Louis Massignon (“la légende *De tribus impostoribus* et ses origines islamiques”, in *Revue d'histoire des Religions*, LXXXII, julio de 1920, pp. 74-78) insistía también en la importancia de Abu Tahir en el origen de las posiciones político-religiosas que se encuentran en el *Tratado*. Más recientemente estas tesis han sido también utilizadas por Patrick Marcolini (“*Le De tribus impostoribus* et les origines arabes de l'athéisme philosophique européen”, in *Les cahiers de l'ATP*, octubre, 2003).

5.- Ver la nota H del artículo “Averroes”. También en *De erroribus philosophorum*, de Egidio Romano, se le acusa de haber vituperado las tres religiones, afirmando que ninguna ley es verdadera aunque pueda ser útil. Egidio Romano (1247-1316) es uno de los autores que, en materia política, sostiene la primacía absoluta del poder papal... incluso en cuestiones terrenales.

nes expresas de ese tipo sino el modo en que es recibido en el mundo cristiano, sobre todo entre los siglos XIII y XIV: como el (re)formulador de unas tesis (intelecto-uno, eternidad del mundo, negación de lo sobrenatural, los milagros o la inmortalidad del alma) incompatibles con la incuestionada afirmación de la evidencia de los principios religiosos.

En este sentido hay que entender la forma en que algunos autores han hablado de la influencia del averroísmo en las posiciones de un grupo de personajes a los que —de manera colectiva o individualizada— se ha atribuido también la autoría del texto del que hablamos: Federico II y/o los miembros de su círculo de consejeros; su secretario Pedro de Viñas, Ubaldino o Miguel Scotto. Nos detendremos por un momento en este “asunto barbarroja” porque es en el que más claramente puede entenderse en mi opinión la singularidad del papel jugado por el *Tratado de los tres impostores* tanto durante la edad media como posteriormente. Sin negar la pertinencia de las tesis defendidas por Raoul Vaneigem (tesis poco discutibles, por otra parte: insiste en que la polémica en torno al *Tratado* viene a mostrar —y debe ser entendida como síntoma de— la persistencia de una corriente de pensamiento antireligioso incluso durante la edad media, rompiendo así con el “mito” de un medioevo absolutamente regido por la religión), el rodeo por el “asunto barbarroja” pondrá en evidencia hasta qué punto son las cuestiones directamente relacionadas con el poder y la organización política (y no fundamentalmente, por tanto, las de carácter ideológico-religioso) las que articulan las diferentes posiciones en juego.

Federico II “Barbarroja” (1194-1250) mantuvo una abierta disputa con el papado por el dominio efectivo de unos territorios muy concretos. Un asunto nada “religioso” y sí absolutamente “material”⁶.

6.- Y esa terrenalidad es lo realmente importante: por ella se le atribuye la autoría del *Tratado*, y no porque en su corte pudiera estar rodeado de intelectuales árabes o porque admirase la cultura y los conocimientos científicos desarrollados en tierras del Islam —como se dice en alguna ocasión—: tuvo consejeros árabes y admiró al parecer el mundo árabe, ciertamente, pero no más que Alfonso X “el sabio” (1221-1284: que también aparece en algún listado de autores posibles del texto..., aunque tal “aparición” no pasa de ser una anécdota).

Durante el siglo XII, tras el cisma religioso y con el progresivo desarrollo de la actividad ciudadana y el florecimiento de movimientos reformistas en su seno, el papado había intentado mantener su influencia frente a la nobleza italiana y frente al emperador germánico. Un duro enfrentamiento con el emperador se evidenció en las guerras que recorrieron Italia desde el acceso al trono de Federico I (1152) hasta la paz de Venecia de 1177. Esos enfrentamientos y conspiraciones diversas se reprodujeron a la muerte de Federico en la cruzada contra Siria y persisten hasta prácticamente el final de siglo. Si durante ese tiempo el papado jugó como un poder entre/contra otros poderes en la pugna por el control del territorio, tras 1198 se integra en ese enfrentamiento un matiz totalmente novedoso a partir de las pretensiones de Inocencio III (que ocupará la sede papal hasta su muerte en 1216): el papa no es sólo el sucesor de Pedro sino el representante de Cristo; por ello es la fuente de toda legitimidad y los soberanos deben recibir de él sus feudos y territorios. En un contexto en que, además, se están consolidando las monarquías como formas hereditarias de poder que empiezan a identificar su dominio como entidad territorial (prototipo de lo que serán posteriormente las “naciones”), ese juego de sometimientos y legitimaciones se convierte en instrumento para la justificación ideológica de unas u otras posiciones, de unas u otras alianzas. Federico II llega inicialmente a hacerse con el imperio en 1209 por decisión de Inocencio III que, en la disputa a cuentas de la sucesión en el trono imperial, apoya inicialmente a Otón IV a cambio de ceder el control de determinados territorios papales y las prerrogativas que le correspondían por el Concordato de Worms. Inocencio opta posteriormente por el que será Federico II porque, a esas cesiones de Otón añade la renuncia al reino de Sicilia. Federico es finalmente coronado emperador en 1220 tras ganarse con nuevas cesiones de derechos los favores de los príncipes eclesiásticos y, a partir de ese momento, toda su actividad política se dirige a recuperar las cesiones realizadas: en 1245 es excomulgado en el Concilio de Lyon, pero ya antes, en 1239, fue acusado por el papa Gregorio IX de haber declarado la idea blasfema de que Moisés, Jesucristo y Mahoma eran tres impostores que habían engañado a la humanidad. La carta⁷ con la que Gregorio IX reclama el “muy terrenal” apoyo de los poderes exis-

7.- Carta dirigida el 1 de julio de 1239 a los reyes y dignatarios eclesiásticos de occidente (recogida como carta n^o 750 en los *Monumenta Germaniae Historica, Epistolae*)

tentes frente a las “muy terrenales” pretensiones de Federico II evidencia la profunda realidad fáctica de aquella utilización política de lo religioso de la que posteriormente –y a ello volveremos– Maquiavelo hará la teoría y que constituye uno de los nudos centrales del *Tratado de los tres impostores*. Y el argumento, como en el caso de la tesis maquiaveliana, fue inmediatamente integrado en lo que podríamos considerar un “recetario de maldades de la impiedad”: el listado de acusaciones que presentan los diversos guardianes de la obediencia y la fe. Del mismo modo que una “bruja” debía ser acusada de participar en aquelarres... un hereje impuro y blasfemo tenía que haber afirmado “que tres impostores habían engañado al mundo. Moisés a los judíos, Jesús a los cristianos y Mahoma a los sarracenos”⁸.

Nadie discute ya –no lo haremos nosotros, al menos– la pervivencia medieval de un pensamiento alejado de los sometimientos religiosos. Pero el asunto de los *tres impostores* sobrepasa los límites de esa evidencia. Si atendemos a la singularidad y especificidad que se atribuye a ese texto incluso en su fantasmática existencia mítica, al modo en que se la hace jugar en la arena de la pugna político-religiosa (o “teológico-política” por utilizar la expresión spinoziana), la cuestión de los “tres impostores” aparece inmediatamente como un artefacto generado para producir determinados efectos en el contexto, precisamente, de los primeros escauceos teórico-prácticos en torno a la cuestión de la política y de su secularización: en el marco de las primeras rupturas con el sometimiento al papado, contra la teocracia pontificia o la teoría de las dos espadas. El siglo XIII es, así, el que asiste a la aparición de la leyenda del texto: desde entonces, el *Tratado de los tres impostores* se convierte –al margen de su efectiva existencia– en uno de los más célebres libros heréticos⁹.

pontificum, t. 1, 1888, pp. 645-654), en la que se utiliza, en lugar de “tribus impostoribus” la expresión “tribus baratoribus”.

8.- Esa es la 3ª de las 17 acusaciones que lanzaba contra Tomás Scoto (español, apóstata dominico y apóstata franciscano, según Marcelino Menéndez y Pelayo) el inquisidor Álvaro Pelayo en su *Collyrium contra haereses*, de 1344.

9.- J. G. Dreaper señalaba (*Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*, Madrid, 1876, p. 153) que “en la edad media hubo dos célebres libros heréticos: *El evangelio eterno* y *De tribus impostoribus*.”

Si la leyenda de la tesis abyecta existe al menos desde el siglo XII, la del texto malvado existe claramente desde el siglo XIII: uno de los más célebres libros heréticos, como acabamos de referir. Y sin embargo, el texto que podemos leer (en realidad, los textos que podemos leer, porque son varios) son del siglo XVII; alguno incluso del XVIII.

Del mismo modo que empezábamos haciendo referencia a una larga lista de atribuciones de autoría, podríamos remitirnos a ella para insistir ahora en que desde el siglo XIII al XVIII se ha atribuido a diversos autores una aportación al asunto de los tres impostores. Así, en el siglo XIV a Bocaccio; en las primeras décadas del XVI, a Pomponazzi y a Maquiavelo; también en esa primera mitad de siglo a Miguel Servet o a Pietro Aretino; en la segunda mitad del XVI a Gerolamo Cardano o a Giordano Bruno; en la primera mitad del XVII a Campanella o Vanini; en el tercer cuarto de ese siglo a Hobbes o a Spinoza... incluso se ha citado, en el XVIII, al propio barón d'Holbach. Raoul Vaneigem ha hablado también de Herman de Rijswijck o de Jacques Gruet (ambos en la primera mitad del XVI) y ha señalado cómo quizá podría también citar a autores de ese mismo período como Bernardino Ochino, Étienne Dolet, Socino o Simon de Neufville. Pero de ninguno de esos autores puede citarse una referencia directa a la tesis central de los tres impostores. Más allá de algunas referencias claramente antireligiosas o anticristianas, más allá de algunos textos “subidos de tono”, en los personajes citados y en sus obras no encontramos otra cosa que el choque más o menos directo con las instancias del poder papal o de la ideología del cristianismo triunfante: algo determinante si pensamos el *Tratado de los tres impostores* como un texto antirreligioso..., pero totalmente insuficiente si nos atenemos a la importancia de la especificidad de su tratamiento.

Dicho de otro modo: entre los siglos XIV y XVII (incluso durante las primeras décadas del XVIII) el “estigma” de los tres impostores fue utilizado como elemento de crítica a aquellos autores que se caracterizaron por mantener actitudes vitales o teóricas contrarias —en sentido amplio— a la religión o a las apuestas ideológicas en lo religioso realizadas desde diferentes instancias de poder (incluido el papado), pero las atribuciones de autoría que se derivan de esa utilización no tienen ningún sustento razonable en el contraste con lo que aparece en sus textos: humanistas, poetas, formuladores de “utopías” político-organizativas, autores de

obras con algún contenido religioso peculiar o individuos que tuvieron problemas con los tribunales de la Inquisición y que pasaron temporadas más o menos largas en sus cárceles; si se quiere, incluso, descreídos y heterodoxos... pero no otra cosa. Las peculiaridades del *Tratado de los tres impostores* difícilmente pueden serles atribuidas.

Ni siquiera en Maquiavelo o en Spinoza –los autores en los que de manera más clara podríamos identificar “cercanías”– pueden encontrarse cosas determinantes para el establecimiento de una posible autoría. Con todo –como veremos inmediatamente– en los dos, o en las tradiciones que se reivindican desde su nombre, podemos encontrar elementos que, de algún modo, reaparecen en el *Tratado de los tres impostores* en una combinación determinada y que trabajados en una cierta perspectiva “escéptica” hacen de él un texto en el que leer lo fundamental del “libertinismo político”.

¿Cuales son las tesis del *Tratado* y en qué consiste su singularidad? Digámoslo de manera simple y resumida:

- 1.- La noción de “Dios” es utilizada sin que nadie haya establecido conceptualmente a qué pueda referirse (de otro modo: la noción de “Dios”, tal como la utilizan las religiones, es una noción vacía).
- 2.- El miedo y la ignorancia son las causas que han llevado a los hombres a imaginar fuerzas ocultas o seres fantásticos a los que han llamado dioses.
- 3.- Las diversas religiones inicialmente son ritualizaciones de una relación con esas “fuerzas ocultas” en cuya virtud se conjuran los miedos individuales y colectivos.
- 4.- Una vez establecidas así las religiones, algunos individuos encontraron en ellas la manera de conseguir riqueza y poder. Así surgen los diferentes sacerdotes y castas sacerdotales: impostores que aprovechan en beneficio propio el miedo y la ignorancia de los diferentes pueblos.
- 5.- Las tres grandes religiones (el judaísmo, el cristianismo, el islam) han sido fundadas y establecidas por los tres impostores más grandes de la historia. Moisés, Jesucristo y Mahoma, con engaños y estratagemas, han dado lugar a un discurso religioso y a unas instituciones religiosas... cuyo único objetivo es la apropiación

ción y el mantenimiento de la riqueza y del poder a través del engaño y de prácticas que generan la sumisión de los diferentes pueblos.

En otras palabras: la religión entendida como construcción de una estructura discursiva y práctica asentada sobre la ignorancia, cuya función es exclusivamente política. Además y en consecuencia, a partir de ese supuesto, rechazo en tanto que “impostura” y “engaño” que mantiene “subyugado” al pueblo del “valor-de-verdad” de los discursos religiosos y crítica de las prácticas y actuaciones políticas que se justifican en sus principios: defensa, pues, de la libertad de pensamiento y negación de las fundamentaciones religiosas de las opciones políticas, esto es, crítica del integrismo (del integrismo hebreo, del integrismo cristiano y del integrismo islámico... porque los tres lo son por igual y en el mismo sentido). Sin duda, una articulación teórica y discursiva de aquella misma perspectiva que, al parecer, mantuviera Simon de Tournay en el siglo XIII: una perspectiva singular que mira a la religión desde una posición que no se reduce a la consideración de su veracidad o plausibilidad discursiva, que no se limita a poner en juego lo que llamaré una “mirada religiosa”, sino que toma la religión como objeto de reflexión desde la consideración de su centralidad política.

Y es aquí—aquí y no en el terreno resbaladizo de las autorías— donde nos encontramos con los dos pensadores a los que más arriba hacíamos referencia: Maquiavelo y Spinoza. Y es aquí donde podemos rastrear las cercanías y las diferencias.

Apertura (y límites) de una política de la inmanencia

Maquiavelo marcó un punto de no-retorno en la consideración de lo político, siendo uno de los primeros autores —si no el primero— que lo teoriza como un juego inmanente de fuerzas, es decir, como un espacio del que las fundamentaciones y las subordinaciones a algún absoluto (sea al derecho natural, sea al origen divino) son excluidas. De ello, sin duda, puede derivarse un cierto parentesco con las tesis del *Tratado*.

Entre *El príncipe* y los análisis de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (obras escritas entre 1513-1519), Maquiavelo acomete,

por primera vez en la historia, el análisis de la forma en que se organiza el poder y, en este sentido, inaugura la “ciencia de la política”. En estos textos se desarrolla el análisis del origen, funcionamiento y maneras de mantener las diversas formas de dominio, ya sean éstas repúblicas (*Discursos...*) o principados (*El príncipe*) y, entre otros méritos, le corresponde el de haber utilizado por primera vez un término que hará fortuna, “estado”, que en su obra no es más que el nombre de una situación, de un “estado de cosas”, de una relación en la que se sintetiza, vale decir, “lo que hay”¹⁰. La concepción maquevialiana del Estado es el resultado de la constatación de la paradójica situación de la naciente burguesía de, al menos, la república florentina: la crisis política, las revueltas, las intrigas, las guerras, ponen en cuestión el optimismo del crecimiento que animó los discursos humanistas y los cantos a la libertad absoluta durante el siglo XV y, con la constatación de la nueva situación, Maquiavelo opta por afirmar la necesidad de establecer (y mantener) un poder que ponga límite a las disputas y al conflicto. Para Maquiavelo, que ha visto una Florencia convulsa entre el “republicanismo” de Savonarola y la conquista del poder por los Medici, la necesidad del Estado es —como bastante después lo será también para el Hobbes del *Leviathan*, en un tiempo (1651) sacudido por la revolución puritana— una exigencia para la seguridad, e implica necesariamente acogerse a la protección del más fuerte aceptando su poder y, en contrapartida, prestándole obediencia. La sociedad no es ya, por tanto, el resultado de una “necesidad natural” sino de una “necesidad ineludible”, y esa necesidad debe ser satisfecha mientras persistan las causas que la motivaron. La cuestión es que, como la sociedad es una “necesidad ineludible”, su existencia y su potencia debe ser garantizada por encima de todo: debe mantenerse a cualquier precio el Estado; y de ello se ocupa la ciencia política en tanto que diseña las técnicas más adecuadas para el mantenimiento del poder. Esto así, la técnica o arte de la política debe centrarse en varios objetivos básicos: en primer lugar, controlar los movimientos políticos internos, en segundo término controlar las fuerzas de las otras repúblicas y, finalmente, sobre todo, controlar el carácter desestabilizador de las multitudes, para lo que cabe hablar de dos mecanismos privilegiados: el desarrollo de una política de contención que utilice y manipule el imaginario

10.- *El príncipe*, I, de los principados: “Tutti gli *stati* é domini che hanno avuto e hanno imperio sopra gli homini sono *stati* e sono republiche o principati” (el subrayado es mío).

colectivo mediante un adecuado juego de castigos, premios y promesas, y la utilización de la religión como elemento de dominio político sobre el populacho. Dicho de otro modo, Maquiavelo articula un discurso sobre lo político que lo entiende como un juego inmanente de fuerzas al que cualquier otra consideración (moral o religiosa en primer término) debe quedar subordinada; la religión, “de facto”, es entendida al margen de cualquier consideración “religiosa” y es pensada sólo desde su funcionalidad política.

Cabe, evidentemente, establecer líneas de cercanía entre estas posiciones de Maquiavelo y las tesis centrales del *Tratado de los tres impostores*, pero sólo —y esto tiene su importancia— porque comparten una mirada común sobre la relación entre la religión y la política: la religión como instrumento privilegiado para el mantenimiento del poder, como constitutiva del imaginario colectivo y, en ese sentido, como un elemento a tener en cuenta —y a utilizar— desde la perspectiva política.

Esta “mirada común”, sin embargo, no se prolonga en unas mismas consecuencias. En primer lugar porque en ningún pasaje de la obra de Maquiavelo puede leerse algo parecido a un análisis del origen o de la esencia del discurso religioso y, en segundo término, porque lo que en el *Tratado* es crítica, en los textos de Maquiavelo es descripción y análisis que, además, se prolonga en apuesta práctica. En Maquiavelo no hay una crítica a la religión ni una crítica a su uso político.

Todo lo contrario. Cuando Maquiavelo analiza los principados eclesiásticos, aquellos que tienen por gobernantes a altos cargos de la Iglesia, los entiende sin establecer ninguna diferencia entre ellos y cualesquiera otros salvo, quizá¹¹, porque afirma que por ser eclesiásticos, son más estables que el resto de los principados haga lo que haga su “príncipe”; y cuando en los *Discursos* señala¹² —a partir del análisis de las instituciones romanas— que no ha habido ningún legislador que no recurriera a la palabra o voluntad de Dios para sostener sus posiciones, ello no le ha llevado a negar validez de ningún tipo a esas nuevas “legislaciones” sino,

11.- *El príncipe*, XI, de los principados eclesiásticos.

12.- Véanse los capítulos 11 al 15 del Libro I de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

más bien, a señalar que, precisamente, si las “actuales” repúblicas cristianas no marchan bien es porque no siguen suficientemente los principios de su fundador. No hay en Maquiavelo ninguna referencia a la impostura ni de su obra se puede deducir un rechazo de los discursos religiosos: son presentados simplemente —esa es la grandeza de Maquiavelo y el motivo por el que su obra pasó a formar parte de todos los listados de prohibiciones— atendiendo a su virtualidad política.

Como indicábamos, cabe establecer también cercanías entre las tesis del *Tratado de los tres impostores* y las posiciones mantenidas por Baruch Spinoza¹³; cercanías que, en buena medida, ponen al margen las “distancias” que constatamos entre las tesis del *Tratado* y las posiciones de Maquiavelo. En Spinoza sí encontramos —aunque esto lo matizaremos inmediatamente— una crítica de la utilización de la religión en la pugna político-organizativa (ese es el objetivo explícito de una de sus principales obras, el *Tratado teológico-político*) y, además, por primera vez en la historia de la filosofía, una re-formulación explícita de la noción de divinidad que hace su pensamiento literalmente incompatible con cualquier confesionalidad religiosa. Desde una consideración de la política que se reivindica a sí misma continuadora de la apuesta teórica iniciada por Maquiavelo, en Spinoza encontramos desarrollados, pues, elementos que están también presentes en el *Tratado de los tres impostores* y que en la articulación textual que ese *Tratado* realiza sólo son explicables porque su escritura efectiva (independientemente de la leyenda que acompaña al título desde el siglo XIII) es posterior a —y deudora de— la obra spinoziana.

En el Libro I de la *Ética demostrada según el orden geométrico*, Spinoza ha empezado estableciendo un conjunto de definiciones desde las que ha podido demostrar todo un conjunto de proposiciones de contenido crítico muy preciso; una de esas definiciones es la de Dios (un ser absolutamente infinito, esto es, una substancia que consta de infinitos atributos, cada uno de los cuales expresa una esencia eterna e infinita¹⁴), y

13.- Spinoza es, quizá, el pensador al que de manera más insistente se ha podido hacer la atribución de autoría del *Tratado de los tres impostores*: una de las primeras versiones impresas del mismo fue titulada precisamente *L'esprit de Spinoza*, y presentada como un resumen-compendio de la crítica de Spinoza a las confesiones religiosas.

14.- *Ética*, Libro I, def. VI.

entre sus consecuencias encontramos una “identificación” de Dios y la Substancia (o Dios y la Naturaleza —en expresión célebre— o Dios y la totalidad de lo real...) desde la que puede decirse que quienes hablan de Dios desde una opción religiosa y/o confesional... “no saben de qué están hablando” y se empeñan, pese a ello, en alabarle. Sólo partiendo de una definición de la divinidad, sólo concibiendo la divinidad como algo de lo que cabe conocimiento efectivo, tiene sentido abordar una crítica a la religión desde la afirmación de esa ignorancia inicial y fundante. El *Tratado de los tres impostores* lo hace, y lo hace utilizando expresiones que casi literalmente¹⁵ podemos encontrar en la *Ética* de Spinoza. Desde esa concepción de la divinidad Spinoza construye un marco significativo del que necesariamente queda excluido todo antropocentrismo (y que se extiende a las consideraciones éticas, artísticas, políticas e incluso a la consideración de la ciencia física y del conocimiento en general). Y partiendo de esa crítica a la antropologización del conocimiento, en el *Tratado Teológico-Político* y en el *Tratado Político* aborda el análisis de las realidades políticas de una manera que no ha dejado de asombrar a sus contemporáneos.

No es aquí de Spinoza de lo que debemos hablar. Baste a nuestros efectos señalar respecto de su intervención en la teoría política, en primer lugar, que además de seguir situada —como la de Maquiavelo— en el ámbito de la inmanencia explicativa, no sólo puede entender la utilidad política de la religión sino que puede identificar los intereses políticos que se derivan de un uso de la religión frente a cualquier otro: en el contexto de la Holanda de su época, Spinoza identifica la alianza entre la confesión calvinista y los intereses de la casa de Orange para terminar mediante una revuelta con la república liberal gobernada por los hermanos de Witt. Esa confluencia de intereses es entendida por Spinoza como una amenaza contra la libertad (no sólo de pensamiento) y contra ella lanza sus palabras: no sólo mostrando su indignación contra los asesinatos políticos justificados en nombre de la ortodoxia religiosa (“ulti-

15.- Más exactamente: en esa “casi literalidad” puede en ocasiones entenderse algo que es particularmente diferente, por cuanto cabe hacer una lectura “deísta” de esos fragmentos y entender que lo que reivindican es una especie de “religiosidad-natural-no-confesional” en una línea muy cercana a las tesis mantenidas por los deístas ingleses y franceses de principios del XVIII.

mi barbarorum”) sino también señalando que buena parte de las guerras y los actos de barbarie de la historia se han realizado “en nombre de la religión”. Pero en segundo término hay que decir¹⁶ que la crítica a esa utilización política de la religión no implica que para Spinoza el uso de la religión sea, en sí mismo, un mal que deba ser evitado: más aún, Spinoza entiende que es inseparable de toda forma de sociedad un determinado imaginario común sin el que la sociedad misma no tiene garantizada la pervivencia en el tiempo; para referirse a ese “imaginario común” Spinoza llega a forjar un concepto: es lo “teológico-político” que da título al tratado que más arriba citábamos; lo teológico-político, tanto como decir —en terminología marxista y/o althusseriana—, la ideología.

Ambas consideraciones (la crítica del uso integrista de lo “teológico-político” y, al tiempo, la afirmación de la presencia constitutiva y constituyente de lo “teológico-político” en toda articulación social) forman parte inseparable de la intervención de Spinoza en el marco del análisis de la política. Ahora bien: si en atención a lo primero hay que decir que el *Tratado de los tres impostores* está en su línea, en atención a lo segundo debemos señalar una clara derivación que, apartándose de la prolongación inmanente del análisis, conduce a un posicionamiento muy cercano al mantenido por algunos personajes del libertinismo teórico del XVII francés y a una reivindicación “casi-ilustrada” de la fundamentación en la razón de las instancias y actuaciones del ámbito político.

El *Tratado de los tres impostores*, identificando la impostura de los “fundadores”, critica el uso político de la fundamentación religiosa y, en ese sentido, se afirma como una crítica de las fundamentaciones que del ejercicio del poder vienen dándose a lo largo del siglo XVII y, por derivación, de todo integristismo religioso. No es poca cosa: es mejor que nada. A falta de una profundización mayor en el análisis inmanente de las relaciones que configuran —en lo ideológico como en lo práctico— las formas de organización social y política del capitalismo integrado y de las formas en que sería posible cortocircuitar su funcionamiento (incluyendo la derivación tardo-integrista en la que vivimos), tampoco sería poca

16.- Para un mayor detalle y precisión me permito remitir a: García del Campo, Juan Pedro, “Spinoza y el libertinismo político”, en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, nº 12, Madrid, 1995.

cosa que la publicación castellana de su traducción sirviera para eso mismo en éste nuestro atribulado comienzo de siglo.

El texto y su traducción

Aunque –como hemos señalado– desde el siglo XIII se viene hablando de su existencia de manera reiterada, el texto del *Tratado de los tres impostores* (al menos en las versiones que conocemos) no es anterior al último tercio del siglo XVII.

Siendo éste un asunto en curso de investigación –investigación abierta... y no exenta de cierta polémica– no entraremos aquí en el juego de las primicias o de las atribuciones de autoría: un asunto erudito que, aquí –donde no se pretende presentar edición crítica alguna sino poner al alcance de los lectores en castellano un texto anteriormente no publicado en este idioma–, no será abordado. Sin embargo, dado que en los últimos años se ha producido una cierta proliferación de publicaciones –no castellanas, cabe insistir– de este texto, conviene hacer un breve resumen de la situación... para evitar errores y malentendidos.

Son varios los textos que circulan o han circulado bajo el título de *Tratado de los tres impostores*¹⁷: básicamente, uno cuyo original está escrito en francés, y otro cuyo original está en latín. Ese es el motivo de que aquí publiquemos ambos escritos bajo el mismo título.

Según ha mostrado Françoise Charles-Daubert, que ha cotejado más de 70 manuscritos para la realización de la edición crítica del *Tratado*¹⁸, desde finales de la década de 1670, aparecieron varios manuscritos de una obra que, mezclando elementos tomados claramente de Spinoza con otros que procedían de las obras de Hobbes y de algunos de los liber-

17.- No hay tampoco que olvidar otros textos escritos “al hilo” del propio *Tratado*: baste señalar, a título paradójico, el que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid con ese título: se trata, en realidad, de una obra de Christian Kortholt (*De tribus impostoribus magnis*), publicada en Hamburgo en 1701, y que en realidad es un “panfleto contra el panfleto”, una defensa de la fe cristiana en contra de algunos supuestos autores del *Tratado de los tres impostores*: Herbert, Hobbes y Spinoza.

18.- *Le Traité des trois imposteurs et L'Esprit de Spinoza. Philosophie clandestine entre 1678 y 1768*. Textos presentados y editados por Françoise Charles-Daubert, Oxford, Voltaire Foundation, 1999.

tinios franceses, circuló en Holanda y Francia de manera más o menos clandestina¹⁹. En su “versión más común” –por utilizar la expresión de Charles-Daubert–, y con el título de *L'Esprit de Spinoza* (lo que vino a justificar la identificación de sus tesis con las spinozianas e incluso en algún caso la atribución de autoría), la obra, al parecer, circuló ampliamente y fue muy comentada en Holanda en la década de 1710.

En 1719 y 1721 respectivamente fueron publicadas dos versiones diferentes de la obra. La edición de 1719 conserva el título de *L'Esprit de Spinoza* y fue publicada en La Haya; la de 1721 aparece con el título *Traité des trois imposteurs*. Ambas ediciones son diferentes, y tienen diferente suerte: la edición de 1719 incluye entre los capítulos III y IV de la “versión más común” una serie de textos que parecen claramente tomados de la *Sagesse* de Pierre Charron, y de las *Trois vérités* y las *Considérations politiques sur les coups d'État* de Gabriel Naudé, además de un capítulo sobre Numa Pompilio cuyo origen será fácil ubicar a los lectores de Maquiavelo. Una vez publicada, esta versión de la obra pareció haberse perdido por cuanto no fue republicada ni comentada hasta que en la década de 1980 fue nuevamente aireada sobre todo por Silvia Berti. Esta versión fue publicada en París en 2000 por Max Milo (que edita y escribe la introducción). En cuanto a la edición de 1721 (publicada en Rotterdam, aunque con indicación de haberlo sido en Franckfurt), viene a reproducir la “versión más común” del manuscrito que circuló previamente. Esta edición fue nuevamente publicada en numerosas ocasiones casi siempre copiando o traduciendo la versión de la edición de La Haya de 1768: a fecha de hoy circula tanto en papel como en formato electrónico en prácticamente todos los idiomas europeos... salvo los de la península ibérica. Nuestra traducción se realiza a partir de una copia de un ejemplar de esta edición de 1768, y corresponde al texto para cuya apertura hemos colocado el título en su traducción castellana.

En cuanto al texto latín, la historia es un tanto diferente. Sin que ello suponga tampoco prejuizar sobre su autoría, parece que corresponde-

19.- Pero el que fuera clandestina no justifica la circulación manuscrita: esta obra como otras –por ejemplo el *Theophrastus Redivivus*– circuló manuscrita mientras resultó rentable económicamente... y pasó a ser impresa cuando empezó a ser rentable... sin por ello dejar de estar prohibida y de circular de manera clandestina.

ría a un manuscrito de 1688 que se suele atribuir a Johann Joachim Müller que lo habría compuesto (al menos una parte, pues la otra la habría tomada de unas notas de su padre, Johan Müller, escritas mientras preparaba su *Atheismus devictus* -una apología de la fe cristiana y ataque al ateísmo, de 1672-). J. J. Müller habría escrito ese texto bien para satisfacer la curiosidad de su maestro J. Fr. Meyer, bien para responder a las tesis que éste habría mantenido en el curso de una “disputatio” mantenida en la universidad de Kiel el 3 de abril de 1688. El texto se habría publicado inicialmente en 1761 con traducción alemana de Johan Cristian Edelmans (aunque con fecha supuesta de 1598), y posteriormente fue publicado en diversas fechas y con varias traducciones: en 1867 en latín con traducción francesa, en 1904 en traducción inglesa (acompañando a la traducción del texto en francés de 1721), en 1926 con traducción alemana de Jacob Presser... y en 1999 se publicó la edición crítica con comentarios de Winfred Schröder y acompañada de la traducción alemana de Edelmans hecha en 1761. En 2002, en la edición preparada por Raoul Vaneigem para la editorial Payot, se recoge una traducción francesa de este texto, realizada por Pierre Deshusses a partir del texto alemán de Presser. Tampoco había, hasta la fecha, traducción castellana. Nuestra traducción, que presentamos encabezada por su título en latín, se ha realizado a partir del texto latino que apareció publicado en la edición de 1867. Como resultará evidente, es un texto inacabado y, en buena parte, esquemático.

Como hemos señalado, no tratamos aquí de ofrecer una edición crítica, sino de ofrecer a los lectores en castellano unos textos de larga historia y de importantes efectos que, sin embargo, les estaban vedados en su idioma²⁰. La traducción la hemos cotejado con las versiones existentes en francés, inglés e italiano y, con las peculiaridades idiomáticas propias, la encontramos básicamente plausible. En todo caso, conviene decir que hemos privilegiado el ritmo y el sentido de la traducción sobre la fidelidad a la textualidad de los originales. Nos parece que eso permite un acceso más vivo a unos textos que, no hay que olvidarlo, fueron concebidos como panfletos.

20.- Cuando preparábamos el camino del libro a la imprenta hemos conocido la recién publicada de una traducción castellana del texto de 1719, acompañado de la traducción de la primera biografía de Spinoza. La edición, de Diego Tatián, ha sido publicada por la editorial argentina Cuenco de Plata. Le damos la bienvenida.

TRATADO DE LOS TRES IMPOSTORES

CAPÍTULO I

DE DIOS

1.- Aunque todos los hombres desean conocer la verdad, hay muy pocos que gocen de ese privilegio: unos son incapaces de buscarla por sí mismos, otros no quieren esforzarse en ello. No hay que extrañarse, pues, si el mundo está lleno de opiniones vanas y ridículas: la ignorancia es lo que más fácilmente puede darles curso; es la única fuente de las ideas falsas que hay sobre la divinidad, el alma, los espíritus y casi todos los demás objetos propios de la religión. La costumbre ha prevalecido; nos atenemos a los prejuicios del nacimiento y a propósito de las cosas más esenciales nos rendimos ante personas interesadas que tienen por ley sostener con empecinamiento las opiniones recibidas y que no se atreven a rebatirlas por miedo a destruirse a sí mismos.

2.- Lo que hace que el mal no tenga remedio es que, después de haber establecido las falsas ideas que se tienen de Dios, no se deja nada de lado en el empeño de comprometer al pueblo a creerlas sin permitirle examinarlas; al contrario: se le carga de aversión hacia los filósofos o los verdaderos sabios por miedo a que la razón que enseñan le haga ver los errores en que está inmerso. Los partidarios de esos absurdos lo han conseguido hasta tal punto que es peligroso combatirlos. A esos impostores les interesa demasiado que el pueblo sea ignorante como para consentir que se le desengañe. Por eso, uno está obligado a encubrir la verdad o a sacrificarse a la violencia extrema de los falsos sabios o de las almas bajas e interesadas.

3.- Si el pueblo pudiera comprender en qué abismo le arroja la ignorancia, se sacudiría enseguida el yugo de esos indignos conductores, porque es imposible dejar actuar a la razón sin que ella

descubra la verdad. Esos impostores lo han entendido tan bien que, para evitar los buenos efectos que produciría de manera infalible han procurado pintárnosla como un monstruo incapaz de inspirar ningún buen sentimiento y, aunque censuran en general a los que no son razonables, les desagradaría enormemente que la verdad fuera escuchada. Así vemos sin cesar cómo esos enemigos del buen sentido caen en continuas contradicciones y es difícil saber qué pretenden. Si es cierto que la recta razón es la única luz que debe seguir el hombre y si el pueblo no es tan incapaz de razonar como intentan hacerle creer, es preciso que los que intentan instruirle se apliquen a rectificar sus falsos razonamientos y a destruir sus prejuicios; se verá entonces cómo sus ojos poco a poco se despiertan y a su espíritu convencerse de esta verdad: que Dios no es nada de lo que habitualmente imaginan.

4.- Para lograrlo no hacen falta ni altas especulaciones ni penetrar mucho en los secretos de la naturaleza. Sólo se necesita un poco de buen sentido para juzgar que Dios no es ni colérico ni envidioso, que la justicia y la misericordia son falsos títulos que se le atribuyen y que los profetas y los apóstoles que hablan de ello no nos enseñan ni su naturaleza ni su esencia.

En efecto, para hablar sin disimulo y para decir la cosa como es ¿no es preciso convenir que los Doctores no eran ni más hábiles ni mejor instruidos que el resto de los hombres, que, lejos de ello, lo que dicen acerca de Dios es tan grosero que para creerlo hay que ser puro populacho? Aunque el asunto es bastante evidente por sí mismo, vamos a hacerlo aún más claro examinando esta cuestión: ¿hay algo que indique que los profetas y los apóstoles son distintos al resto de los hombres?

5.- Todo el mundo está de acuerdo en que por el nacimiento y las funciones ordinarias de la vida no había nada que les distinguiera del resto de los hombres. Eran engendrados por hombres, nacían de las mujeres y conservaban su vida del mismo modo que nosotros. En lo que se refiere al espíritu, hay quien pretende que Dios animaba bastante más el de los profetas que el de los demás hombres, que se comunicaba con ellos de una forma totalmente particular: es algo

que se cree tan de buena fe como si fuera asunto probado. Sin tener en cuenta que todos los hombres se parecen y que todos tienen el mismo origen, se dice que esos hombres han pertenecido a un tiempo extraordinario y han sido escogidos por la divinidad para anunciar sus oráculos. Pero, además de que no tenían ni más espíritu que el vulgo ni el entendimiento más perfecto ¿qué hay en sus escritos que nos obligue a tener de ellos tan alta opinión? La mayor parte de las cosas que han dicho es tan oscura que es incomprensible y está tan desordenada que es fácil darse cuenta de que ni ellos la entendían y de que no eran sino bribones ignorantes. Lo que ha originado la opinión que se tiene de ellos es la insolencia con la que se han jactado de que Dios les entreaaba sin intermediación de ningún tipo todo lo que ellos anunciaban al pueblo; creencia absurda y ridícula puesto que ellos mismos confesaban que Dios sólo les hablaba en sueños. No hay nada que sea más natural para los hombres que soñar, por lo que hay que ser muy descarado, vano e insensato para decir que Dios habla con uno por esa vía, y aquél que se lo cree debe ser muy crédulo y muy loco para tomar los sueños por oráculos divinos. Aunque supusiéramos por un momento que Dios se hace oír por alguno mediante sueños, visiones o cualquier otro medio que se quiera imaginar, nadie estaría obligado a creérselo porque lo diga un hombre que está sujeto a error e incluso al engaño y a la impostura: vemos también que en la antigua Ley no se tenía a los profetas tanta estima como se les tiene hoy. Cuando se estaba harto de su cháchara, que a menudo sólo pretendía sembrar la revuelta y desviar al pueblo de la obediencia debida a los soberanos, se les hacía callar con diversos suplicios: el mismo Jesucristo no escapó al justo castigo que merecía; él no tenía como Moisés un ejército preparado para defender sus opiniones¹: añadid a ello que los profetas estaban tan acostumbrados a contradecirse los unos a los otros que entre cuatrocientos² no había ni uno sólo verdadero. El objetivo de sus profecías, al igual que las leyes de los principales legisladores, era sólo eternizar su memoria haciendo creer a los pueblos que ellos

1.- Moisés hizo morir de una vez a 24.000 hombres por haberse opuesto a su Ley.

2.- Está escrito en el Libro primero de los *Reyes*, capítulo 22, versículo 6 que Ajab, rey de Israel, consultó a 400 Profetas que resultaron todos falsos a la vista de cómo se cumplieron sus Profecías.

hablaban con Dios. Los más finos políticos han actuado siempre de ese modo, aunque esa artimaña no siempre les ha funcionado a los que no tenían, como Moisés, el instrumento de poder que garantizara su seguridad.

6.- Dicho esto, examinemos un poco la idea que los profetas han tenido de Dios. Si hay que creerles, Dios es un Ser puramente corporal: Miguel le ve sentado; Daniel, vestido de blanco y en la forma de un anciano; Ezequiel le ve como un fuego... y así para el Antiguo Testamento. En cuando al Nuevo, los discípulos de Jesucristo imaginaban verlo como una paloma, los apóstoles como lenguas de fuego y san Pablo como una luz que le deslumbra y le ciega. En lo que toca a la contradicción de sus sentimientos, Samuel³ creía que Dios no se arrepentía jamás de lo que había resuelto; por el contrario, Jeremías⁴ nos dice que Dios se arrepiente del bien que había decidido hacer; Joel⁵ nos enseña que sólo se arrepiente del mal que ha hecho a los hombres; Jeremías dice que no se arrepiente en absoluto. El Génesis⁶ nos enseña que el hombre es amo del pecado y que hacer el bien sólo depende de él, pero san Pablo⁷ asegura que los hombres no tienen ningún poder sobre la concupiscencia sin una gracia totalmente particular de Dios, etc. Tales son las ideas falsas y contradictorias que esos pretendidos inspirados nos dan de Dios y que se quiere que nosotros aceptemos sin caer en que nos representan la divinidad como un ser sensible, material y sujeto a todas las pasiones humanas. Después de todo eso vienen a decirnos que Dios no tiene nada común con la materia y que es un Ser incomprensible para nosotros. Yo desearía muy vivamente saber cómo puede hacerse concordar todo eso, si es justo creer en contradicciones tan visibles y tan poco razonables y si, en fin, debe tenerse en consideración el testimonio de hombres tan groseros como para imaginar, a pesar

3.- Capítulo 15, versículos 2 y 9.

4.- Capítulo 18, versículo 10.

5.- Capítulo 2, versículo 13.

6.- Capítulo 4, versículo 7.

7.- *Romanos*, 15, 9, versículo 10.

de los sermones de Moisés, ¡que un becerro era su Dios! Pero sin detenernos en los ensueños de un pueblo educado en la servidumbre y en el absurdo, decimos que la ignorancia ha producido la creencia en todas las imposturas y errores que reinan hoy entre nosotros.

CAPÍTULO II

DE LAS RAZONES QUE HAN LLEVADO A LOS HOMBRES A FIGURARSE UN SER INVISIBLE AL QUE COMÚNMENTE SE LLAMA DIOS

1.- Aquellos que ignoran las causas físicas tienen un temor⁸ natural que procede de la inquietud y de la duda en la que están sobre si existe un Ser o una potencia que tenga el poder de dañarles o de conservarles. De ahí la propensión que tienen a suponer causas invisibles que no son sino los fantasmas de su imaginación a los que invocan en la adversidad y alaban en la prosperidad. Finalmente hacen dioses de ellos, y este temor quimérico a las potencias invisibles es el origen de las religiones que cada cual forma a su modo. Aquellos que querían que el pueblo fuera contenido y retenido por semejantes ensueños han cultivado esa semilla de religión, han hecho de ella una ley y, finalmente, han reducido a los pueblos a la obediencia ciega por terror a lo que pueda venir.

8.- *Caetera quae fieri in terris Caeloque tuentur / Mortales pavidis cum pendent mentibu' saepe, / Et faciunt animos humilis formidine Divom / Depressosque premunt ad terram propterea quod / Ignorantia causarum conferre Deorum / Cogit ad imperium res & concedere regnum. / Quorum operum causas nulla ratione videre / I ossunt haec fieri Divino numine rentur.* (Lucrecio, *De rerum naturae*, Libro VI, vs. 49 et ss.) [Nota del editor: la traducción castellana de Eduardo Valenti (Madrid, CSIC, 1983, vol. II, pag. 136) -que, por otra parte, difiere en algún punto en la fijación del texto latín- dice: "... y todo lo demás que los mortales ven suceder en la tierra y en el cielo - que a menudo tiene sus mentes suspensas de terror, les abate el ánimo con el temor a los dioses, y los aplasta al suelo, pues la ignorancia de las causas hace atribuir a los dioses el imperio de la Naturaleza y concederles el reino. Pues de ningún modo pueden comprender las causas de tales efectos, y los creen obra de un poder divino."]

2.- Una vez encontrado el origen de los dioses, los hombres han creído que éstos se les parecían y que, como ellos, harían todas las cosas con vistas a algún fin. Así, dijeron y creyeron de forma unánime que Dios lo ha hecho todo para el hombre y, recíprocamente, que el hombre sólo está hecho para Dios. Ese prejuicio es general, y cuando se piensa en la influencia que ha debido tener necesariamente sobre las costumbres y las opiniones de los hombres, se ve claramente que es de ahí de donde han tomado pie para formarse las ideas falsas del bien y el mal, del mérito y el demérito, de la alabanza y la humillación, del orden y la confusión, de la belleza y la deformidad y de todas las cosas de ese tipo.

3.- Cada cual debe estar de acuerdo en que todos los hombres están en una profunda ignorancia al nacer y que lo único que es para ellos natural es buscar lo que les es útil y beneficioso: de ahí procede, 1º, que se crea que para ser libre es suficiente sentir en uno mismo que se puede querer y desear sin preocuparse de las causas que disponen a querer y desear, puesto que no se conocen; 2º, como los hombres actúan siempre para un fin que prefieren a cualquier otro, sólo tienen como objetivo conocer las causas finales de sus acciones y se imaginan que después de eso ya nada les plantea dudas y, como encuentran en sí mismos y fuera de ellos diversos medios para conseguir lo que se proponen, y en vista de que tienen, por ejemplo, ojos para ver, orejas para oír, un sol para iluminarles, etc., han concluido que no hay nada en la naturaleza que no esté hecho para ellos y de lo que no puedan disfrutar y disponer; pero como saben que no son ellos los que han hecho todas las cosas han creído tener bastante fundamento para imaginar un ser supremo autor de todo; han pensado, en una palabra, que todo lo que existe era la obra de una o varias divinidades. Por otra parte, siendo desconocida para los hombres la naturaleza de los dioses que han admitido, la han considerado fijándose en sí mismos, imaginándolos susceptibles de las mismas pasiones que ellos; y como las inclinaciones de los hombres son diferentes, cada cual ha rendido un culto a su divinidad según su humor, pretendiendo obtener sus bendiciones y de ese modo disponer de la naturaleza para sus propios deseos.

4.- De ese modo el prejuicio se ha tornado en superstición; ha arraigado de tal modo que las gentes más burdas se han creído capaces de penetrar en las causas finales como si tuvieran de ellas un conocimiento total. Así, en lugar de mostrar que la naturaleza no hace nada en vano, han creído que Dios y la naturaleza pensaban del mismo modo que los hombres. Como la experiencia ha mostrado que infinitas calamidades perturban la tranquilidad de la vida, como las tormentas, los terremotos, las enfermedades, el hambre, la sed, etc., atribuyen todos esos males a la cólera celestial; creyeron a la divinidad irritada contra las ofensas de los hombres, que no han podido quitarse de la cabeza semejante quimera ni deshacerse de esos prejuicios pese a los ejemplos diarios que demuestran que los bienes y los males han sido siempre comunes tanto a los buenos como a los malos. Este error procede de que resulta más fácil permanecer en la ignorancia natural que abolir un prejuicio recibido de hace tantos siglos y establecer algo que sea verosímil.

5.- Este prejuicio les ha llevado a otro consistente en creer que los juicios de Dios eran incomprensibles y que, por esa razón, el conocimiento de la verdad escapaba a la capacidad del espíritu humano; un error en el que aún estaríamos si las matemáticas, la física y algunas otras ciencias no le hubieran destruido.

6.- No hacen falta largos discursos para mostrar que la naturaleza no se propone ningún fin y que todas las causas finales son sólo ficciones humanas. Basta con probar que esa doctrina niega a Dios las perfecciones que se le atribuyen. Eso es lo que vamos a mostrar.

Si Dios actúa por un fin, ya sea para él ya para otro, desea algo que no tiene y habrá que convenir que hay un tiempo en el que Dios, no teniendo aquello por lo que actúa, ha deseado tenerlo: eso convierte a Dios en un indigente. Pero para no omitir nada de cuanto pueda apoyar el razonamiento de cuantos tienen la opinión contraria, supongamos por ejemplo que una piedra que se desprende de un edificio cae sobre una persona y la mata; es preciso, dicen nuestros ignorantes, que esa piedra haya caído con el propósito de matar a esa persona, pero eso sólo ha podido pasar porque Dios lo ha querido. Si se les responde que es el viento el que ha causado la caída en

el momento en que ese pobre infeliz pasaba, os preguntarán por qué pasaba precisamente en el momento en que el viento tiraba esa piedra. Replicadles que iba a cenar a casa de un amigo que le había invitado y querrán saber por qué ese amigo le había invitado en ese momento y no en cualquier otro; os harán así una infinidad de curiosas preguntas para remontarse de causa en causa y haceros confesar que la sola voluntad de Dios, que es el asilo de los ignorantes, es la causa primera de la caída de esa piedra. Del mismo modo, cuando miran la estructura del cuerpo humano caen en la admiración; y como ignoran las causas de unos efectos que les parecen tan maravillosos, concluyen que es un efecto sobrenatural en el que no pueden tener participación las causas que nos son conocidas. De ahí procede el que quien quiere examinar a fondo las obras de la creación y penetrar en tanto que auténtico sabio en sus causas naturales sin atenerse a los prejuicios formados por la ignorancia, pase por un impío o sea inmediatamente desacreditado por la malicia de aquellos a los que el vulgo reconoce como los intérpretes de la naturaleza y de los dioses: esas almas mercenarias saben muy bien que la ignorancia que mantiene al pueblo en el asombro es lo que les permite subsistir y lo que conserva su crédito.

7.- Habiéndose imbuido por tanto los hombres de la ridícula opinión de que todo lo que ven está hecho para ellos, han hecho un asunto de religión el adaptarlo todo a sí mismos y juzgar del valor de las cosas por el beneficio que se obtiene de ellas. Después de eso han formado las nociones que les sirven para explicar la naturaleza de las cosas, para juzgar sobre el bien y el mal, sobre el orden y el desorden, sobre el calor y el frío, sobre la belleza y la fealdad, etc., que en el fondo no son lo que ellos imaginan: maestros en formar así sus ideas, se jactan de ser libres; se creen con derecho a decidir sobre la alabanza y la reprobación, sobre el bien y el mal; han llamado *bien* a aquello que les beneficia y a lo que atañe al culto divino y *mal*, por el contrario, lo que no conviene ni a lo uno ni a lo otro; y como los ignorantes no son capaces de juzgar sobre nada y sólo tienen alguna idea de las cosas por la ayuda de la imaginación que toman por juicio, nos dicen que no se conoce nada en la naturaleza y se figuran un orden particular en el mundo. En fin, creen que las cosas están bien o mal ordenadas según les resulte fácil o

difícil imaginarlas cuando los sentidos se las presentan; y como se para uno de buena gana en lo que menos fatiga el cerebro, se convence uno de que está bien fundado el preferir el orden a la confusión, como si el orden fuera otra cosa que un puro efecto de la imaginación humana. Así, decir que Dios lo ha hecho todo con orden es pretender que él ha creado el mundo de la manera más fácil de ser concebida por la imaginación humana, en favor de ella o, lo que en el fondo es lo mismo, que se conocen con certeza las relaciones y los fines de todo lo que existe, afirmación demasiado absurda para que merezca ser refutada en serio.

8.- En cuanto a las demás nociones, son simples efectos de la misma imaginación que no tienen nada de real y que son sólo las diferentes afecciones o modos de los que esa facultad es susceptible: cuando, por ejemplo, los movimientos que los objetos imprimen en los nervios a través de los ojos son agradables a los sentidos, se dice que esos objetos son bellos. Los olores son buenos o malos, los sabores dulces o amargos, lo que se toca es duro o blando, los sonidos bruscos o agradables, según que los olores, los sabores y los sonidos golpeen o penetren en los sentidos. A partir de esas ideas encontramos gente que cree que a Dios le gusta la melodía del mismo modo que otros han creído que los movimientos celestes eran un concierto armonioso; lo cual muestra suficientemente que cada uno se persuade de que las cosas son como se las figura, o que el mundo es puramente imaginario. No es nada extraño, por tanto, que casi no haya dos hombres de la misma opinión y que incluso hay quien se vanagloria de poner todo en duda: porque, aunque los hombres tengan un mismo cuerpo y se parezcan todos en muchas cosas, difieren, sin embargo, en muchas otras; por eso lo que le parece bueno a uno es malo para otro, lo que a uno le gusta a otro le disgusta. De ahí es fácil concluir que los sentimientos sólo se diferencian en razón de la organización y de la diversidad de las coexistencias, que el razonamiento cuenta poco en ello y, en fin, que las nociones de las cosas del mundo son sólo un puro efecto de la imaginación.

9.- Es evidente, por tanto, que todas las razones de las que el común de los hombres acostumbra a servirse cuando se pone a explicar la naturaleza, son sólo formas de imaginar que nada prueban

menos que aquello que se pretende; dan nombres a esas ideas como si existieran en algún lugar distinto a un cerebro así prevenido. No se les debería llamar seres sino puras quimeras. No hay nada más fácil que refutar los argumentos fundados en esas nociones; por ejemplo: si fuera cierto, se nos dice, que el universo procede y es una consecuencia necesaria de la naturaleza divina, ¿de dónde proceden las imperfecciones y los defectos que se ven en él? Esta objeción se refuta sin ninguna dificultad. Sólo se podría juzgar de la perfección y de la imperfección de un ser si se conociera su naturaleza y esencia, y es extralimitarse creer que una cosa es más o menos perfecta en función de que guste o disguste y de que sea útil o inútil a la naturaleza humana. Para cerrar la boca de los que preguntan por qué Dios no ha creado a todos los hombres buenos y felices basta con decir que todo es lo que es necesariamente y que en la naturaleza no hay nada imperfecto porque todo se sigue de la necesidad de las cosas.

10.- Dicho esto, si se pregunta qué es *Dios*, respondo que esa palabra nos representa el ser universal en el que, por hablar como san Pablo, *tenemos la vida, el movimiento y el ser*. Esta noción no tiene nada que sea indigno de Dios, porque si todo es en Dios todo se sigue necesariamente de su esencia y es preciso que sea tal como lo que contiene porque es incomprendible que seres totalmente materiales sean mantenidos y estén contenidos en un ser que no es. Esta opinión no es nueva. Tertuliano, uno de los mayores sabios que los cristianos hayan tenido, ha dicho contra Apelles que lo que no es cuerpo no es nada y contra Praxeas que toda sustancia es uncuerpo⁹. Esta doctrina, además, no fue condenada en los cuatro primeros concilios ecuménicos o generales¹⁰.

9.- *Quis autem negabit Deum esse corpus, etsi Deus Spiritus? Spiritus etiam corporis sui generis, in sua effigie.* TERTUL., *Adv. Prax.*, cap. 7. [Nota del editor: ¿Quién niega que Dios es un cuerpo afirmando, con todo, que es un espíritu? El espíritu es también en cierto modo cuerpo, su imagen].

10.- Esos cuatro primeros Concilios son: 1º, el de Nicea en 325 bajo Constantino y el Papa Silvestre; 2º el de Constantinopla en 381 bajo Graciano, Valentiniano y Teodosio y el Papa Dámaso I; 3º el de Éfeso en 431 bajo Teodosio el joven y Valentiniano y el Papa Celestino; 4º el de Calcedonia en 451 bajo Valentiniano y Marciano y el Papa León I.

11.- Estas ideas son claras y simples y las únicas que sobre Dios podría formarse un buen espíritu. Sin embargo, hay pocos que se contenten con semejante simplicidad. El populacho acostumbrado a los placeres de los sentidos pide un Dios que se parezca a los reyes de la tierra. Esa pompa, ese esplendor que les rodea, le deslumbra de tal modo que quitarles la idea de un Dios parecido a esos reyes sería como quitarles la esperanza de ir después de la muerte a engrosar las filas de los cortesanos celestes para gozar con ellos de los mismos placeres que se disfrutaban en la corte de los reyes; como privar al hombre del único consuelo que le impide desesperarse por las miserias de la vida. Se dice que es preciso un Dios justo y vengador que castigue y premie; se quiere un Dios susceptible de todas las pasiones humanas: se le atribuyen pies, manos, ojos y orejas y, sin embargo, se pretende que un Dios así constituido no tenga nada de material. Se dice que el hombre es su obra maestra e incluso su imagen, pero no se quiere que la copia sea semejante al original. En fin, el Dios del pueblo de hoy está sujeto a bastantes formas más que el Júpiter de los paganos. Lo más extraño es que cuanto más choquen y se contradigan esas nociones con el buen sentido más las reverencia el vulgo, porque obstinadamente cree lo que los Profetas han dicho al respecto aunque estos visionarios sólo fueran entre los hebreos lo que los augures y los adivinos fueron entre los paganos. Se consulta la Biblia como si Dios y la naturaleza se explicasen en ella de manera particular, aunque ese libro no sea más que una reunión de fragmentos cosidos al gusto de los rabinos que según su fantasía han decidido lo que debía ser aprobado o rechazado en función de lo que encontraran conforme u opuesto a la ley de Moisés¹¹.

Tal es la malicia y la estupidez de los hombres. Pasan su vida discutiendo y persisten en el respeto a un libro en el que casi no hay más orden que en el *Corán* de Mahoma, un libro, digo, que nadie entiende de tan oscuro y mal concebido como es; un libro que sólo sirve para fomentar las divisiones. Los judíos y los cristianos pre-

11.- El Talmud dice que los Rabinos deliberaron si había que eliminar el *Libro de los Proverbios* y el *Eclesiastés* de entre los canónicos. Los dejaron porque en ellos se habla elogiosamente de Moisés y de su Ley. Las Profecías de Ezequiel habrían sido suprimidas del Catálogo si cierto canónico no se hubiera puesto a conciliarlas con la misma Ley.

fieren consultar ese galimatías que escuchar la ley natural que Dios, es decir la naturaleza, en tanto que es el principio de todas las cosas, ha escrito en el corazón de los hombres. Todas las demás leyes no son sino ficciones humanas y puras ilusiones puestas de actualidad no por los demonios o malos espíritus que sólo existen en la imaginación sino por la política de los príncipes y los sacerdotes. Los primeros han pretendido así dar más peso a su autoridad, los segundos han querido enriquecerse con el despacho de una infinidad de quimeras que venden caras a los ignorantes.

Todas las demás leyes que han sucedido a las de Moisés, es decir las leyes de los cristianos, sólo se apoyan en esta Biblia cuyo original no aparece, que contiene cosas sobrenaturales e imposibles, que habla de recompensas y castigos para las acciones buenas o malas, pero sólo para la otra vida por miedo a que la trampa sea descubierta porque nunca pase nada de eso. Así, el pueblo, fluctuante entre la esperanza y el temor, es mantenido en su deber por la opinión que tiene de que Dios sólo ha hecho a los hombres para hacerlos eternamente felices o desdichados. Eso es lo que ha dado lugar a una infinidad de religiones.

CAPÍTULO III

LO QUE SIGNIFICA LA RELIGIÓN: CÓMO Y POR QUÉ SE HA INTRODUCIDO EN EL MUNDO UN NÚMERO TAN GRANDE DE ELLAS

1.- Antes de que la religión fuera introducida en el mundo, sólo se estaba obligado a seguir la ley natural, es decir, a conformarse a la recta razón. Ese único instinto era el vínculo al que los hombres estaban sujetos; y ese vínculo, aunque es muy simple, les unía de tal modo que las divisiones eran raras. Pero cuando el miedo les hizo suponer que hay dioses y potencias invisibles, elevaron altares a esos seres imaginarios y, sacudiéndose el yugo de la naturaleza y de la razón, se ligaron por varias ceremonias y por un culto supersticioso a los vanos fantasmas de la imaginación. Es de ahí de donde deriva la religión, que tanto ruido hace en el mundo. Habiendo

admitido los hombres potencias invisibles con poder absoluto sobre ellos, las adoraron para ablandarlas y además imaginaron que la naturaleza era un ser subordinado a esas potencias. A partir de ahí se la figuraron como una masa inerte o como una esclava que sólo actúa siguiendo las órdenes de esas potencias. Desde que esa falsa idea golpeó su espíritu, sólo tuvieron desprecio por la naturaleza y respeto para esos pretendidos seres a los que llamaron dioses. De ahí procede la ignorancia en la que tantos pueblos están sumergidos; ignorancia de la que los auténticos sabios les podrían sacar, por muy profundo que sea el abismo, si su afán no estuviera atravesado por los que guían a esos ciegos y que viven sólo aprovechando sus imposturas.

Pero aunque parezca haber muy pocas posibilidades de éxito en esta empresa, no hay que abandonar el partido de la verdad; aunque sólo fuera en consideración de los que padecen los síntomas de ese mal, se necesita que un alma generosa diga las cosas como son. La verdad, sea del tipo que sea, no puede nunca perjudicar, mientras que el error, por muy inocente e incluso útil que parezca, a la larga debe tener necesariamente efectos muy funestos.

2.- El temor que ha dado origen a los dioses ha hecho también la religión; y desde que los hombres se han metido en la cabeza que hay ángeles invisibles que son la causa de su buena o mala suerte, han renunciado al buen sentido y a la razón y han tomado sus quimeras por otras tantas divinidades que se ocuparían de su comportamiento. Así, tras haber forjado dioses, quisieron saber cuál era su naturaleza y, imaginando que debería ser de la misma substancia que el alma, que creían parecida a los fantasmas que aparecen en el espejo o durante el sueño, creyeron que sus dioses eran substancias reales, pero tan tenues y tan sutiles que, para distinguirlas de los cuerpos, las llamaron *espíritus*, pese a que esos cuerpos y esos espíritus no son, efectivamente, más que una misma cosa y sólo se diferencian en la cantidad, puesto que ser *espíritu* o ser *incorporal* es algo incomprensible: el motivo es que todo espíritu tiene una figura que le es propia¹² y se encuentra circunscrito

12.- Ved el pasaje de Tertuliano citado, parágrafo 10, cap. II.

a cierto lugar, es decir que tiene límites y que, en consecuencia, es un cuerpo por muy sutil que se le suponga¹³.

3.- Los ignorantes, es decir la mayor parte de los hombres, habiendo establecido de este modo la naturaleza de la substancia de sus dioses, trataron también de descubrir por qué medio esos agentes invisibles producían sus efectos; pero no pudiendo conseguirlo a causa de su ignorancia, creyeron sus conjeturas juzgando ciegamente sobre el porvenir en función del pasado: como si del hecho de que algo haya sucedido en otra ocasión de tal manera se pudiera concluir razonablemente que sucederá o que debe llegar constantemente de la misma forma; sobre todo cuando las circunstancias y todas las causas que influyen necesariamente en los sucesos y las acciones humanas determinando su naturaleza y su actualidad son diversos. Consideraron, pues, el pasado, y conjeturaron bien o mal para el futuro según hubiera resultado bien o mal la misma empresa en otras circunstancias. Por eso, como Phermion se deshizo de los lacedemonios en la batalla de Naupacto, tras su muerte los atenienses eligieron otro general del mismo nombre; como Anibal sucumbió ante las armas de Escipión el Africano, por este éxito los romanos enviaron a la misma provincia a otro Escipión contra César, lo que no sirvió ni a los atenienses ni a los romanos: así, tras dos o tres ejemplos, varias naciones han atribuido a los lugares, a los objetos y a los nombres sus buenas o malas fortunas; otros se han servido de ciertas palabras que llaman encantamientos y las han creído tan eficaces que se imaginaron hacer hablar a los árboles con ellas, convertir un trozo de pan en un hombre o en un Dios y metamorfosear cuanto apareciera ante ellos¹⁴.

4.- Estando establecido de este modo el imperio de las potencias invisibles, los hombres las reverenciaron en primer lugar como sus soberanos, es decir, mediante signos de sumisión y de respeto,

13.- Ved Hobbes, *Leviathan, de homine*, cap. 12, pp. 56, 57, 58. [Nota del editor: en castellana, pp. 209 y ss. de *Leviathan*, edición preparada por C. Moya y A. Escotado para la Editora Nacional, Madrid, 1983. La misma referencia vale para las notas siguientes].

14.- Hobbes, *ibidem*, cap. 12, pp. 56 y 57.

como los presentes, las plegarias, etc. Digo *en primer lugar* porque en ese encuentro la naturaleza no enseña a usar sacrificios sangrientos: éstos han sido instituidos únicamente para la subsistencia de los sacrificadores y de los ministros destinados al servicio de esos dioses imaginarios.

5.- Ese germen de Religión (quiero decir: el temor y la esperanza) fecundado por las pasiones y las opiniones de los hombres, ha producido este gran número de extravagantes creencias que son la causa de tantos males y tantas revoluciones que suceden en los Estados. Los honores y las grandes rentas que han atribuido al sacerdocio o a los ministros de los dioses, han favorecido la ambición y la avaricia de esos hombres astutos que han sabido sacar provecho de la estupidez de los pueblos; éstos han caído tan profundamente en su trampa que sin darse cuenta se han acostumbrado a lisonjear la mentira y a odiar la verdad.

6.- Establecida la mentira y prendados los ambiciosos del dulzor de ser elevados por encima de sus semejantes, intentaron éstos adquirir reputación fingiendo ser los amigos de los dioses invisibles que el vulgo temía. Para lograrlo mejor, cada uno los pintó a su modo y se permitió multiplicarlos tanto que se encontraban a cada paso.

7.- La materia informe del mundo fue llamada dios *Caos*. Del mismo modo se hizo un dios del *Cielo*, de la *Tierra*, del *Mar*, del *Fuego*, de los *Vientos* y de los *Planetas*. Se hizo el mismo honor a los hombres y a las mujeres; los pájaros, los reptiles, el cocodrilo, el buey, el perro, el cordero, la serpiente y el cerdo, en una palabra, todos los tipos de animales y plantas fueron adorados. Cada río, cada fuente, lleva el nombre de un Dios, cada casa tiene el suyo, cada hombre tiene su propio genio. En fin, bajo la tierra y sobre ella todo está lleno de dioses, espíritus, sombras y demonios. No era suficiente con fingir divinidades en tantos lugares imaginables; hubieran creído ofender al *tiempo*, el *día*, la *noche*, la *concordia*, el *amor*, la *paz*, la *victoria*, la *contención*, el *embotamiento*, el *honor*, la *virtud*, la *fiebre* y la *salud*, hubieran creído, digo, agraviar a tales divinidades que se consideraban siempre listas a caer sobre la cabeza de los hombres si no se les hubieran levan-

tado templos y altares. Inmediatamente se les ocurrió adorar a su genio, al que algunos invocaron con el nombre de *Musas*; otros adoraron su propia ignorancia llamándola *Fortuna*. Santificaron sus desenfrenos con el nombre de *Cupido*, su cólera con el de *Furias*, sus partes naturales con el nombre de *Priapo*; en una palabra, no hubo nada a lo que no dieran el nombre de un dios o de un demonio¹⁵.

8.- Siendo los fundadores de las religiones conscientes de que la base de sus imposturas era la ignorancia de los pueblos, se les ocurrió mantenerlos en ella por la adoración de las imágenes en las que fingían que habitaban los dioses; eso hizo caer sobre sus sacerdotes una lluvia de oro y de beneficios, que se miraron como cosas santas porque fueron destinadas al uso de los ministros sagrados, y nadie tuvo la temeridad ni la audacia de pretenderlas ni tocarlas siquiera. Para equivocarse mejor al pueblo, los sacerdotes se pretendieron profetas, adivinos, inspirados capaces de penetrar el futuro; se vanagloriaban de tener relación con los dioses y, como es natural querer conocer el propio destino, esos impostores no dejaron de lado una circunstancia tan ventajosa para sus deseos. Unos se establecieron en Delos, otros en Delfos y en otros lugares en los que, con ambiguos oráculos, respondieron a las preguntas que se les hacían: incluso las mujeres intervinieron; los romanos recurrían a los Libros de las sibilas en las grandes calamidades. Los locos pasaron por inspirados. Los que fingían tener una relación familiar con los muertos eran llamados nigromantes, otros pretendían conocer el futuro por el vuelo de los pájaros o por las entrañas de los animales. En fin, los ojos, las manos, el rostro, un objeto extraordinario, todo les parecía de buen o mal augurio; hasta tal punto es cierto que la ignorancia recibe la impresión que se desea cuando se ha encontrado el secreto para prevalerse de ella¹⁶.

9.- Los ambiciosos, que han sido siempre grandes maestros en el arte de engañar, han seguido ese camino cuando han establecido

15.- Hobbes, *ibidem*, cap. 12, pag. 58.

16.- Hobbes, *ibidem*, cap. 12, pp 58 y 59.

leyes; y, para obligar al pueblo a someterse voluntariamente, le han persuadido de que las habían recibido de un dios o de un diosa.

Sea lo que fuere de esta multitud de divinidades, aquellos entre los que han sido adoradas, a los que han llamado *paganos*, no tenían un sistema general de religión. Cada república, cada estado, cada ciudad y cada particular, tenían sus ritos propios y pensaban de la divinidad en su fantasía. Pero después se han levantado legisladores más pérfidos que los primeros, que han empleado medios más estudiados y más seguros al establecer leyes, cultos, ceremonias adecuadas para alimentar el fanatismo que querían establecer.

Entre un gran número de ellos, Asia ha visto nacer a tres que se han distinguido tanto por las leyes y los cultos que han instituido como por la idea que han dado de la divinidad y por la forma en que se han dedicado a propagar esa idea y a hacer sus leyes sagradas. Moisés fue el más antiguo. Después vino Jesucristo, que trabajó sobre su plan y conservó el fondo de sus leyes aboliendo el resto. Mahoma, que es el último en aparecer en escena, ha sacado de ambas religiones elementos con los que componer la suya e inmediatamente se ha declarado enemigo de las dos. Veamos los caracteres de los tres legisladores; examinemos su conducta para ver a partir de ellas quienes tienen razón, si aquellos que les reverencian como hombres divinos o los que les consideran pérfidos e impostores.

10.- De Moisés.

El célebre Moisés, nieto de un gran mago¹⁷ según dice Martín Justino, tuvo todo a su favor para convertirse en lo que llegó a ser. Todos saben que los hebreos, de los que se hizo jefe, eran una nación de pastores que el rey Faraón Osiris I recibió en su país en consideración a los servicios que había recibido de uno de ellos en la época de una gran hambruna: le dio ciertas tierras en el oriente de Egipto en una región fértil en pastos y, en consecuencia, buena para alimentar a sus rebaños. Durante cerca de doscientos años se

17.- No hay que entender esta palabra en la acepción vulgar, pues quien dice *magos* entre gente razonable entiende por ello un hombre capaz, un hábil charlatán, un sutil prestidigitador cuyo arte consiste en la sutileza y la destreza, y no en algún tipo de pacto con el diablo, como cree el vulgo.

multiplicaron considerablemente, ya sea porque al ser considerados extranjeros no se les obligaba a servir en el ejército ya porque por los privilegios que Osiris les había concedido muchos naturales del país se unieron a ellos o porque, en fin, algunos grupos de árabes se les habían unido en calidad de hermanos porque era de la misma raza. Sea como fuere, se multiplicaron de una forma tan sorprendente que no pudiendo ya mantenerse en la región de Gosen se expandieron por todo Egipto y le dieron al Faraón un justo motivo para temer que no serían capaces de realizar ciertas acciones peligrosas en caso de que Egipto fuera atacado (como entonces sucedía con frecuencia) por sus habituales enemigos los etíopes; así, una razón de estado obligó a ese príncipe a quitarles sus privilegios y a buscar los medios para debilitarlos y dominarlos.

El Faraón Orus, apodado Busiris por su crueldad, que sucedió a Memnon, siguió su plan en relación con los hebreos y, queriendo eternizar su memoria por la erección de pirámides y la construcción de la ciudad de Thebas, condenó a los hebreos al trabajo de los ladrillos para cuya formación era muy adecuadas las tierras de su país. Durante esta servidumbre fue cuando nació el célebre Moisés, el mismo año en que el rey ordenó que se arrojaran al Nilo todos los niños varones de los hebreos al no encontrar medio más seguro de hacer perecer a ese pueblo primitivo de extranjeros. Así, Moisés estuvo expuesto a perecer en las aguas en un cesto recubierto de brea que su madre puso entre los juncos al borde del río. El azar hizo que Thermutis, hija del Faraón Orus, fuera a pasear por ese lugar y que al oír los gritos de ese niño, la compasión —tan connatural a su sexo— le inspirase el deseo de salvarle. Muerto Orus le sucedió Thermutis y, al serle presentado Moisés, le hizo dar una educación como la que podía recibir el hijo de la reina de una nación que era entonces la más sabia y educada del universo. En una palabra, decir que fue educado en todas las ciencias de los *egipcios* es decirlo todo; y es presentarnos a Moisés como el más grande político, el más sabio naturalista y el mago más famoso de su tiempo: además, es claro que fue admitido en la orden de los sacerdotes, que eran en Egipto lo que los druidas entre los galos. Los que no saben cuál era entonces el gobierno de Egipto quizá no se molestarán por enterarse de que, habiendo terminado sus famosas dinastías y dependiendo todo el país de un solo soberano, estaba enton-

ces dividido en varias regiones no demasiado extensas. Se llamaba monarcas a los gobernadores de esas regiones y ordinariamente esos gobernadores pertenecían a la poderosa orden de los sacerdotes, que poseían casi un tercio de Egipto. El rey nombraba esas monarquías; y si creemos a los autores que han escrito sobre Moisés, comparando lo que han dicho con lo que ha escrito Moisés mismo se llegará a la conclusión de que era monarca de la región de Gossen y que debía ese puesto a Thermutis, a quien debía también la vida. Ese es el que Moisés fue en Egipto, donde tuvo todo el tiempo y los medios para estudiar las costumbres de los egipcios y de los de su propia nación, sus pasiones dominantes y sus inclinaciones, conocimientos de los que después se sirvió para excitar la revolución de la que fue motor.

Habiendo muerto Thermutis, su sucesor renovó la persecución contra los hebreos, y Moisés, apartado del favor del que había vivido, temió no poder justificar algunos homicidios que había cometido; así decidió huir: se retiró a Arabia, que linda con Egipto. El azar le condujo a la casa de un jefe de alguna tribu del país y los servicios que prestó y las habilidades que su dueño creyó percibir en él le merecieron sus favores y una de sus hijas en matrimonio. Hay aquí que remarcar que Moisés era tan mal judío y que por aquellas fechas conocía tan poco al temible Dios que después imaginó, que desposó a una idólatra y que no pensó en circuncidar a sus hijos.

En los desiertos de esa Arabia, cuidando los rebaños de su suegro y de su cuñado, es donde concibió el deseo de vengarse de la injusticia que el rey de Egipto le había infligido, llevando al interior de esos estados la turbación y la sedición. Se vanagloriaba de poderlo conseguir fácilmente; tanto por su talento como por la disposición en que sabía que encontraría a los de su nación, ya irritados contra el gobierno por los malos tratos que se les hacía padecer. Por la historia de esta revolución que nos ha dejado o, al menos, que nos ha dejado el autor de los libros que se atribuyen a Moisés, parece que su suegro Jethro participaba en el complot, así como su hermano Aaron y su hermana María, que había permanecido en Egipto y con la que sin duda había mantenido correspondencia.

Sea como fuere, por su ejecución se ve que había preparado un vasto plan, como buen político, y que supo aplicar contra Egipto toda la ciencia que había aprendido, me refiero a su pretendida

magia: algo en lo que era más sutil y más hábil que todos los que en la corte del Faraón tenían esas destrezas por oficio.

Por sus pretendidos prodigios ganó la confianza de los de su nación, a los que hizo sublevarse y a los que se unieron los revoltosos y descontentos egipcios, etíopes y árabes. En fin, alabando el poder de su divinidad, las frecuentes entrevistas que mantenía con ella, y haciéndola intervenir en todas las medidas que tomaba con los jefes de la revuelta, les convenció hasta tal punto que le siguieron hasta seiscientos mil hombres combatientes, sin las mujeres y niños, a través de los desiertos de Arabia, todos cuyos recovecos conocía. Después de seis días de marcha en una penosa retirada, ordenó a los que le seguían consagrar el séptimo a su Dios mediante un reposo público para hacerles creer que Dios le favorecía, que aprobaba su dominación, y para que nadie tuviera la audacia de contradecirle.

Nunca hubo un pueblo más ignorante que los hebreos, ni más crédulo por tanto. Para convencerse de esa profunda ignorancia sólo hace falta recordar en qué situación estaba ese pueblo en Egipto cuando Moisés le hizo rebelarse; era odiado por los egipcios por su profesión de pastoreo, perseguido por el soberano y empleado en los trabajos más viles. Entre semejante populacho no fue muy difícil para Moisés hacer valer sus talentos. Les hizo creer que su Dios (al que a veces se refería simplemente como a un ángel), el Dios de sus padres, se le había aparecido; que por mandato suyo se aprestaba a conducirles; que le había elegido para gobernarlos y que ellos serían el pueblo elegido de ese Dios a condición de que creyeran lo que él les diría de su parte. La utilización sagaz de sus prestigios y del conocimiento que tenía de la naturaleza, fortificó sus exhortaciones: y confirmó lo que les había dicho mediante lo que llaman prodigios, que son siempre capaces de impresionar mucho al populacho imbecil.

Se puede hacer notar sobre todo que creyó haber encontrado un medio para mantener a los hebreos sometidos a sus órdenes persuadiéndoles de que le mismo Dios era su conductor, de noche bajo la figura de una columna de fuego y de día en la forma de una nube. Pero también puede probarse que esa fue la más grosera astucia de este impostor. Durante la estancia que había hecho en Arabia había aprendido que como el país es vasto y deshabitado, la costumbre de los que viajaban en grupos era tomar guías que les conducían de

noche mediante un brasero cuya llama seguían y de día mediante el humo de ese mismo brasero, que todos los miembros de la caravana podían descubrir y, así, no perderse. Esa costumbre estaba todavía en uso entre los medas y los asirios; Moisés se sirvió de ella y la hizo pasar por un milagro y por una marca de la protección de su Dios. No me creáis cuando digo que es una astucia: creed al mismo Moisés que en el capítulo 10 de *Números*, versículos 19 hasta 33, ruega a su cuñado Hobad que vaya con los israelitas para mostrarles el camino, puesto que él conocía el país. Eso es demostrativo porque, si era Dios el que marchaba delante de Israel noche y día como nube o como columna de fuego ¿podía haber mejor guía? Sin embargo, tenemos a Moisés exhortando a su cuñado con la mayor urgencia a servirle de guía; es decir, que la nube y la columna de fuego sólo eran Dios para el pueblo, pero no para Moisés.

Los pobres imbéciles, entusiasmados al verse adoptados por el señor de los dioses a la salida de una cruel servidumbre, aplaudieron a Moisés y juraron obedecerle ciegamente. Al ser confirmada su autoridad, quiso hacerla perpetua y, con el amplio pretexto de establecer el culto de ese Dios del que se decía lugarteniente, hizo en primer lugar a su hermano y sus hijos jefes del palacio real, es decir, del lugar que creía adecuado para que se produjeran los oráculos, que estaba fuera de la vista y de la presencia del pueblo. A continuación hizo lo que siempre se ha hecho en los nuevos establecimientos, a saber, prodigios, milagros con los que los simples eran deslumbrados y algunos aturcidos, pero que daban lástima a los que eran penetrantes y leían a través de esas imposturas.

Por muy astuto que fuera Moisés, hubiera tenido mucha dificultad para hacerse obedecer si no hubiera tenido la fuerza en sus manos. La astucia triunfa raramente sin las armas.

Pese al gran número de primos que se sometieron ciegamente a los deseos de este hábil legislador, hubo personas lo suficientemente valientes para reprocharle su mala fe diciéndole que bajo falsas apariencias de justicia y de igualdad se había apoderado de todo, que al estar ligada a su familia la autoridad soberana nadie tenía ya derecho a pretenderla y que, en fin, no era tanto el padre del pueblo cuanto su tirano. Pero en esas ocasiones, como consumado político, Moisés perdía a esos descreídos y no perdonaba a ninguno de los que criticaban su gobierno.

Fue así, con precauciones semejantes y haciendo siempre pasar sus suplicios por venganza divina, que reinó como déspota absoluto; y para acabar del mismo modo que había empezado, esto es, como pérfido e impostor, se arrojó a un abismo que había abierto en medio de un lugar solitario al que se retiraba de cuando en cuando con el pretexto de ir a hablar en secreto con Dios, para garantizarse así el respeto y la sumisión de sus súbditos. Por lo demás, se arrojó a ese precipicio preparado desde hacía tiempo para que su cuerpo no fuera encontrado y se creyera que Dios se le había llevado para hacerle semejante a él: no ignoraba que la memoria de los patriarcas que le habían precedido era muy venerada aunque se habían encontrado sus sepulcros, pero eso no era suficiente para satisfacer una ambición como la suya: era preciso que se le reverenciara como a un Dios sobre el que la muerte no había hecho presa. Sin duda, a eso tendía lo que dijo al comienzo de su reino: *que era establecido por Dios para ser el Dios del Faraón*. Elías a ejemplo suyo, Rómulo, Zamolxis y todos los que han tenido la absurda vanidad de eternizar sus nombres, han ocultado el momento de su muerte para que se les creyera inmortales.

11.- Pero, por volver a los legisladores, no ha habido ninguno que no haya hecho emanar sus leyes¹⁸ de alguna divinidad y que no haya intentado convencer de que él mismo es algo más que un simple mortal. Numa Pompilio, habiendo degustado el dulzor de la soledad, intentó no dejarla aunque fiera para ocupar el trono de Rómulo, pero viéndose forzado a ello por las aclamaciones populares aprovechó la devoción de los romanos y les insinuó que conversaba con los dioses y, así, si le querían absolutamente como rey suyo, tenían que decidirse a obedecerle ciegamente y observar religiosamente las leyes e instrucciones divinas que le habían sido dictadas por la ninfa Egeria.

Alejandro Magno no tuvo una vanidad menor; no contento con verse amo del mundo quiso que se le creyera hijo de Júpiter. Perseo pretendía también haber nacido del mismo Dios y de la virgen Danae. Platón veía a Apolo como su padre, que le había tenido de

18.- Ved Hobbes, *ibidem*, cap. 12, pag. 59 y 60.

una virgen. Hubo aún otros personajes que tuvieron la misma locura: sin duda todos esos grandes hombres creían esos ensueños fundados en la opinión de los egipcios que sostenían que el espíritu de Dios podía tener comercio con una mujer y fecundarla.

12.- De Jesucristo.

Jesucristo, que no ignoraba ni las máximas ni la ciencia de los egipcios, dio curso a esa opinión; la creyó útil para su propósito. Considerando hasta qué punto Moisés se había hecho célebre aunque sólo había gobernado un pueblo de ignorantes, se propuso edificar sobre ese fundamento y se hizo seguir por algunos imbéciles a los que convenció de que el Espíritu Santo era su padre y su madre una virgen: esas buenas gentes, acostumbradas a contentarse con sueños y fantasías, adoptaron esas nociones y creyeron todo lo que él quiso, tanto más cuanto que un nacimiento semejante no era para ellos algo demasiado maravilloso¹⁹.

Haber nacido de una virgen por la intervención del Espíritu Santo no es ni más extraordinario ni más milagroso que lo que cuentan los Tártaros de su Gengis-kan, cuya madre fue también una virgen. Los chinos dicen que el dios Foé debía la existencia a una virgen fecundada por los rayos del sol.

Este prodigio sucedió en una época en la que los judíos, cansados de su Dios como lo estuvieron de sus jueces²⁰, querían tener uno visible como las demás naciones. Como el número de bobos es infinito, Jesucristo encontró súbditos por todas partes; pero como su extrema pobreza era un obstáculo invencible²¹ para su ascenso, los fariseos, tan pronto admiradores suyos como celosos de su au-

19.- Qu'un beau Pigeon à titre d'aile / Vienne obombrer una Pucelle, / Rien n'est surprenant en cela; / L'on en vit autant en Lydie: /Et le beau Cygne de Léda / Vaut bien le Pigeon de Marie. [Nota del editor: Nada hay de sorprendente en que un palomo que es espíritu cubra a una jovencita; ya se vió algo así en Lidia: el hermoso cisne de Leda -referencia a la esposa de Tindaro, que fuera poseída por Zeus bajo la apariencia de un cisne- vale por el palomo de María].

20.- Cuarto Libro de Samuel, capítulo 8. Los israelitas descontentos con los hijos de Samuel pidieron un rey.

21.- Jesucristo era de la secta de los fariseos, es decir, de los miserables, que se oponían a los saduceos que formaban la secta de los ricos, etc. Véase el Talmud.

dacia, le hundían o le ensalzaban según el humor inconstante del populacho. Corrió el rumor de su divinidad pero, desprovisto de fuerzas como estaba, era imposible que triunfara su intención: algunos enfermos que curó y algunos supuestos muertos que resucitó le dieron cierta fama pero, sin dinero y sin ejército, sólo podía perecer; si hubiera tenido esas dos cosas habría tenido tanto éxito como Moisés y Mahoma o como todos los que han tenido la ambición de ascender por encima del resto. Ha sido más infeliz pero no ha sido menos hábil que ellos y algunos momentos de su historia prueban que el mayor defecto de su política fue no ocuparse lo suficiente de su seguridad. Por lo demás, no encuentro yo que haya tomado sus medidas peor que los otros dos; su ley, al menos, se ha convertido en la regla de la creencia de los pueblos que se precian de ser los más sabios del mundo.

13.- De la política de Jesucristo.

¿Hay, por ejemplo, algo más sutil que la respuesta de Jesús a propósito de la mujer sorprendida en adulterio? Habiéndole preguntado los judíos si tenían que lapidar a esa mujer, en lugar de responder positivamente a la pregunta, lo que le habría hecho caer en una trampa que sus enemigos le tendían (la negativa estaría directamente contra la ley y la afirmativa le habría hecho convicto de rigor y de crueldad, lo que le habría enajenado la aceptación de aquellos espíritus), en lugar, digo, de contestar como lo habría hecho un hombre común, dijo *que aquél que entre vosotros esté libre de pecado tire la primera piedra*. Respuesta hábil y que atestigua bien su presencia de espíritu. Otra vez, interrogado sobre si había que pagar el tributo a César y viendo la imagen del príncipe en la moneda que le mostraban, eludió la dificultad respondiendo *que se entregase a César lo que pertenece a César*. La dificultad consistía en que se hacía culpable de lesa majestad si negaba que hubiera que pagar y que si decía que había que pagar echaba abajo la ley de Moisés, cosa que decía no querer hacer porque se creía, sin duda, demasiado débil para hacerlo impunemente, porque cuando consiguió hacerse más famoso la cambió casi por completo: hizo como esos príncipes que prometen siempre confirmar los privilegios de sus súbditos mientras su poder no está aún bien establecido pero que después no tienen ninguna preocupación por mantener sus promesas.

Cuando los fariseos le preguntaron con qué autoridad pretendía predicar y enseñar al pueblo, Jesucristo, captando su intención de acusarlo de falsedad (si respondía que de una autoridad humana, porque no pertenecía a la casta sacerdotal que era la única encargada de la instrucción del pueblo, si decía predicar por orden expresa de Dios, porque su doctrina era opuesta a la ley de Moisés), salió de la dificultad poniéndoles a ellos en un aprieto al preguntarles en nombre de quién había bautizado Juan.

Los fariseos, que por política se oponían al bautismo de Juan, se hubieran condenado a sí mismos si hubieran confesado que era en nombre de Dios, y si no lo decían se exponían a la rabia del populacho que pensaba lo contrario. Para salir del mal paso respondieron que no lo sabían, a lo que Jesucristo respondió que eso le eximía de decirles por qué y en nombre de quién predicaba.

14.- Esos eran los pretextos del destructor de la antigua ley y del padre de la nueva religión que se edificó sobre las ruinas de la antigua y en la que una mente imparcial no encuentra nada que sea más divino que en las religiones que le han precedido. Su fundador, que no era nada ignorante, viendo la extrema corrupción de la república de los judíos, la juzgó próxima a su fin y creyó que debía renacer otra de sus cenizas.

El temor a que lo hicieran antes hombres más hábiles que él le hizo apresurarse para establecerse por medios opuestos a los de Moisés. Aquél empezó por hacerse terrible y formidable para las otras naciones; Jesucristo, por contra, las atrajo a él por la esperanza de las ventajas de otra vida que se obtendría, decía, creyendo en él; mientras que Moisés sólo prometía bienes temporales a quienes observaran su ley, Jesucristo hizo esperar algo que no acabaría jamás; las leyes de uno sólo miraban lo externo, las del otro se dirigen al interior, influyen en los pensamientos y toman en todo el camino contrario a la ley de Moisés. De ahí se sigue que Jesucristo creyó, como Aristóteles, que con la religión y con los estados pasa como con todos los individuos, que nacen y que se corrompen, y como sólo surge algo de aquello que se ha corrompido, ninguna ley cede ante otra que no le sea totalmente opuesta. Pero como resulta penoso decidirse a pasar de una a otra y como, la mayor parte de los espíritus son difíciles de sacudir en materia de religión, Jesucristo, a imitación de los

demás innovadores, recurrió a los milagros, que siempre han sido el refugio de los ignorantes y el asilo de los ambiciosos hábiles.

15.- Fundado así el cristianismo, Jesucristo pensó hábilmente sacar provecho de los errores de la política de Moisés y hacer su nueva ley eterna, empresa esta en la que triunfó posiblemente más allá de sus esperanzas. Los profetas hebreos creían honrar a Moisés predicando un sucesor que sería semejante a él, es decir, un Mesías, grande en virtudes, poderoso en bienes y terrible para sus enemigos; sin embargo, sus profecías produjeron un efecto totalmente contrario pues muchos ambiciosos tomaron en ello ocasión para hacerse pasar por el Mesías anunciado, lo que causó revueltas que han durado hasta la total destrucción de la antigua república de los hebreos. Jesucristo, más hábil que los profetas mosaicos, para desacreditar de antemano a quienes se levantarán contra él, ha predicho que un hombre así sería el gran enemigo de Dios, el favorito de los demonios, la reunión de todos los vicios y la desolación del mundo.

Tras esos bellos elogios parece que nadie debe sentirse tentado de proclamarse el *Anticristo*, y no creo que pueda encontrarse un mejor secreto para eternizar una ley, aunque no hay nada más fabuloso que lo que se ha contado sobre ese pretendido anticristo. Cuando san Pablo vivía decía que ya había nacido y, por tanto, se estaba en vísperas del regreso de Jesucristo; sin embargo, han pasado ya más de 1600 años desde la predicación del nacimiento de ese formidable personaje sin que nadie haya oído hablar de él. Confieso que algunos han aplicado esas palabras a Evión y a Cerinto, dos grandes enemigos de Jesucristo cuya pretendida divinidad combatían, pero puede también decirse que, si esa interpretación es conforme con el sentimiento del apóstol, lo que no es creíble en modo alguno, esas mismas palabras designan en todos los siglos a una infinidad de anticristos que, no siendo auténticos sabios, han creído no faltar a la verdad diciendo que la historia de Jesucristo es una fábula²² des-

22.- Es el juicio que al respecto hacía el papa León X, como se ve en esta expresión tan conocida y tan audaz en un siglo en el que el espíritu filosófico progresaba aún tan poco: "se sabe desde tiempos inmemoriales, le decía al cardenal Bembo, hasta qué punto nos ha sido beneficiosa esa fábula de Jesucristo". *Quantum nobis nostrisque que ea de Christo fabula profuerit, satis est omnibus seculis notum.*

preciable y que su ley no es sino una sarta de fantasías que la ignorancia ha puesto de moda, que el interés mantiene y que la tiranía protege.

16.- A pesar de todo se pretende que una religión establecida sobre fundamentos tan débiles es divina y sobrenatural, como si no se supiera que no hay nadie tan presto a cursar las más absurdas opiniones que las mujeres y los idiotas; pero no es extraño que Jesucristo no tenga ningún sabio que le siga: el sabía perfectamente que su ley no podía concordar con el buen sentido. Sin duda, es por eso que declamaba tan a menudo contra los sabios que excluía de ese reino suyo en el que sólo se admite a los pobres de espíritu, los simples y los imbéciles: los espíritus razonables deben consolarse porque no tendrán nada que disputar con los insensatos.

17.- De la moral de Jesucristo.

En cuanto a la moral de Jesucristo, no se ve en ella nada de divino que daba hacerla preferible a los escritos de los antiguos; mejor aún: todo lo que se ve está sacado de ellos, o los imita. San Agustín²³ confiesa haber encontrado en algunos de sus escritos todo el principio del evangelio según san Juan: se añade a eso que este apóstol estaba acostumbrado hasta tal punto a copiar a los demás que no le resultó difícil usurpar a los profetas sus enigmas y sus visiones para componer con ellos su Apocalipsis. ¿De dónde procede, por ejemplo, la conformidad que se encuentra entre la doctrina del Viejo y del Nuevo Testamento y los escritos de Platón si no es de que los rabinos y los que han compuesto las escrituras han plagiado a ese gran hombre? El nacimiento del mundo es más verosímil en su *Timeo* que en el libro del Génesis; no puede decirse, sin embargo, que eso procede de que Platón hubiera leído en su viaje a Egipto los libros judaicos, ya que, según señala san Agustín²⁴, el rey Ptolomeo aún no los había hecho traducir cuando ese filósofo hizo aquel viaje.

23.- *Confesiones*, libro 7, cap. 9, v. 20.

24.- *Ibidem*.

La descripción del país que Sócrates le hace a Simias en el *Fedón*, tiene infinitamente más gracia que el Paraíso terrenal, y la fábula de los andróginos²⁵ está incomparablemente mejor traída que todo lo que aprendemos en el Génesis sobre la extracción de una de las costillas de Adam para formar a la mujer, etc. ¿Hay algo más parecido a los dos incendios de Sodoma y Gomorra que el que causó Faetón? ¿Hay algo más conforme con la caída de Lucifer que la de Vulcano o la de los Gigantes arrojados al abismo por el rayo de Júpiter? ¿Qué cosas se asemejan más que Sansón y Hércules, Elías y Faetón, José e Hipólito, Nabucodonosor y Licaón, Tántalo y el rico avariento, el Maná de los israelitas y la ambrosía de los dioses? San Agustín²⁶, san Cirilo y Teofilacto comparan a Jonás con Hércules, apodado *trinoctius* porque estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena.

El río de Daniel descrito en el capítulo 7 de sus profecías, es una imitación visible del *Pyrihlegeton* del que se habla en el diálogo de la inmortalidad del alma. Se ha sacado el pecado original de la caja de Pandora, el sacrificio de Isaac y de Jefe del de Ifigenia, cuyo lugar ocupó una cierva. Lo que se cuenta de Lot y de su mujer es totalmente conforme a lo que nos cuenta la fábula sobre Baucis y Filemón; la historia de Perseo y de Bellerofon es el fundamento de la de san Miguel y el demonio al que venció. En fin, constantemente los autores de la Escritura han transcrito casi palabra por palabra las obras de Hesíodo y de Homero.

18.- En cuanto a Jesucristo, según Orígenes²⁷ Celso mostraba que había sacado de Platón sus sentencias más bellas. Así, aquella que dice *que para un camello será más fácil pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de Dios*²⁸. Los que creen en él le deben a la secta de los fariseos a la que pertenecía su creencia en la inmortalidad del alma, en la resurrección, en el infier-

25.- Véase, en el *Banquete* de Platón, el discurso de Aristófanes.

26.- *Ciudad de Dios*, libro I, cap. 14.

27.- *Contra Celso*, Libro 6.

28.- Libro 8, cap. 4.

no, y la mayor parte de su moral, en la que no veo nada que no esté ya en la de Epicteto, de Epicuro y de muchos otros; éste último era citado por san Jerónimo²⁹ como un hombre cuya virtud avergonzaba a los mejores cristianos y cuya vida era tan mesurada que sus mejores comidas no pasaban de un poco de queso, pan y agua: con una vida tan frugal, este filósofo, pagano como era, decía que era preferible ser desafortunado pero razonable a ser rico y opulento sin tener razón, añadiendo que es extraño que la fortuna y la razón se encuentren reunidas en un mismo sujeto y que no se podría ser feliz ni vivir satisfecho si nuestra felicidad no es acompañada de prudencia, justicia y honestidad, cualidades de las que resulta la verdad y la sólida voluntad.

En cuanto a Epicteto, no creo que jamás hombre alguno, incluido el mismo Jesucristo, haya sido más firme, más austero, más constante y haya tenido una moral práctica más sublime que la suya. No digo nada que no me sería facilísimo probar si este fuera el lugar indicado pero, por temor a sobrepasar los límites que me he prescrito, de las bellas acciones de su vida no contaré sino un solo ejemplo. Siendo esclavo de un liberto llamado Epafrodito, capitán de la guardia de Nerón, a ese bestia se le ocurrió retorcerle la pierna; Epicteto, dándose cuenta de que así encontraba placer, le dijo sonriendo que veía claramente que el juego sólo terminaría cuando le hubiera roto la pierna, cosa que sucedió tal y como había predicho. *¡Bien!*, siguió diciendo con el rostro impassible y sonriendo, *¿no te había dicho que me romperías la pierna?* ¿Hubo alguna vez constancia semejante a esta? Y ¿puede decirse que Jesucristo la haya alcanzado?, él que lloraba y temblaba de miedo con la menor alarma y que, cerca de la muerte, puso de manifiesto una totalmente despreciable pusilanimidad que no se vio en ninguno de sus mártires.

Si la injuria de los tiempos no nos hubiera privado del libro que Arriano hizo sobre la vida y la muerte de nuestro filósofo, estoy seguro de que tendríamos otros muchos ejemplos de su paciencia. Seguro que de esta acción se dirá lo que dicen los sacerdotes de las virtudes de los filósofos, que es una virtud que tiene por base la vanidad y que en realidad no es lo que parece; pero se perfectamen-

29.- *Contra Joviniano*, Libro 2, cap. 8.

te que los que usan ese lenguaje son gente que dice en el púlpito todo lo que les viene a la boca y creen haber ganado bien el dinero que se les entrega por instruir al pueblo cuando han declamado contra los únicos hombres que saben lo que es la recta razón y la verdadera virtud; hasta tal punto es cierto que nada en el mundo aproxima tan poco a los hábitos de los verdaderos sabios como las acciones de esos hombres supersticiosos que los desprecian; éstos parecen haber estudiado sólo para llegar a un puesto con el que obtener el pan, son vanos y se felicitan cuando lo han logrado como si con ello hubieran llegado a un estado de perfección aunque para ellos no sea sino un estado de ociosidad, de orgullo, de licencia y voluptuosidad en el que la mayoría no siguen siquiera las máximas de la religión que profesan. Pero dejemos a esas gentes que no tienen ninguna idea de la virtud y examinemos la divinidad de su maestro.

19.- Después de haber examinado la política y la moral del Cristo, en las que no se encuentra nada que sea tan útil y tan sublime como en los escritos de los antiguos filósofos, veamos si la reputación que ha adquirido tras su muerte es prueba de su divinidad. El pueblo está tan acostumbrado a la sinrazón que me extraña que se pretenda sacar alguna consecuencia de su conducta; la experiencia nos muestra que corre siempre detrás de fantasmas y que no dice ni hace nada que revele buen sentido. Sin embargo, han fundado su creencia sobre quimeras de ese tipo que han estado siempre de moda pese a los esfuerzos de los sabios que siempre se han opuesto a ellas. Algunos esfuerzos que han realizado para eliminar las locuras reinantes sólo han prosperado cuando el pueblo se ha hartado de ellas. Por más que Moisés se jactase de ser el intérprete de Dios y probase su misión y sus derechos con signos extraordinarios, a poco que se ausentara (es lo que hacía de cuando en cuando para hablar, decía, con Dios, y es lo que igualmente hicieron Numa Pompilio y otros varios legisladores) a su regreso sólo encontraba signos del culto a los dioses que los hebreos habían visto en Egipto. Por más que les tuvo 40 años en un desierto para hacerles perder la idea de los dioses que habían abandonado, ellos no lo habían olvidado todavía, querían siempre tener dioses visibles que marchasen delante de ellos y los adoraban obstinadamente pese a las crueldades que se les hicieran padecer.

Sólo el odio que se les insufló hacia las otras naciones mediante un sentimiento de orgullo del que son capaces los más idiotas les hizo perder sin darse cuenta el recuerdo de los dioses de Egipto para ligarse al de Moisés. Le adoraron algún tiempo con todas las circunstancias marcadas en la ley, pero le dejaron después para seguir la ley de Jesucristo, por esa inconstancia que hace correr detrás de las novedades.

20.- Los más ignorantes de los hebreos habían adoptado la ley de Moisés; fueron gentes semejantes las que corrieron tras Jesús. Y como su número es infinito y se aman los unos a los otros, no hay que extrañarse si esos nuevos errores se extendieron rápidamente. No es que las novedades no sean peligrosas para quienes las abrazan, pero el entusiasmo que excitan anula el temor. Así, los discípulos de Jesucristo, por muy miserables que eran siguiéndole y aunque estuvieran muertos de hambre (como se ve por la necesidad que los llevó un día, junto a su conductor, a arrancar espigas del campo con las que alimentarse) no empezaron a desanimarse hasta que vieron a su maestro en manos de los verdugos y sin posibilidad de proporcionarles los bienes, el poder y las grandezas que les había hecho esperar.

Tras su muerte, sus discípulos, en la desesperación de ver frustradas sus esperanzas, hicieron de la necesidad virtud; desterrados de todos los lugares y perseguidos por los judíos que querían tratarles como a su maestro, se propagaron por las regiones vecinas en las que, a partir del relato de algunas mujeres, propalaron su resurrección, su filiación divina y el resto de las fábulas de las que tan llenos están los Evangelios.

La dificultad que tenían para triunfar entre los judíos les llevó a buscar fortuna entre los gentiles y a intentar ser más felices entre los extranjeros pero, como se necesita más ciencia de la que tenían porque los gentiles eran filósofos y, así, demasiado amigos de la razón para rendirse ante tonterías, los seguidores de Jesús convencieron a un joven³⁰ de espíritu ardiente y activo un poco mejor instruido que unos pescadores iletrados o más capaz de hacer oír su cháchara. Éste,

30.- San Pablo.

asociándose con ellos por un golpe del cielo (pues era preciso algo maravilloso) atrajo algunos partidarios a la secta naciente por el temor a las pretendidas penas del infierno tomadas de las fábulas de los antiguos poetas y por la esperanza de las alegrías del paraíso, al que tuvo la imprudencia de decir que había sido alzado.

Esos discípulos, a fuerza de trucos y engaños, procuraron a su maestro el honor de pasar por un Dios, honor al que Jesús no había podido llegar en vida: su muerte no fue mejor que la de Homero, ni siquiera tan honorable, porque seis de las ciudades que éste último había destruido y despreciado se hicieron la guerra para saber a cuál correspondía el honor de ser su ciudad natal.

21.- Por todo lo que hemos señalado se puede concluir que el cristianismo, como todas las demás religiones, no es más que una impostura groseramente tejida cuyo éxito y cuyo progreso extrañaría a sus propios inventores si volvieran al mundo; pero, sin adentrarnos más en un laberinto de errores y de contradicciones visibles de las que ya hemos hablado bastante, digamos algo de Mahoma, que ha fundado una ley sobre máximas totalmente opuestas a las de Jesucristo.

22.- De Mahoma.

Apenas los discípulos del Cristo hubieron destruido la ley mosaica para introducir la ley cristiana, los hombres, arrastrados por su ordinaria inconstancia, siguieron a un nuevo legislador que se alzó por los mismos métodos que Moisés; adoptó como él el título de profeta y de enviado de Dios; como él hizo milagros y supo aprovechar las pasiones del pueblo. Al principio se vio escoltado por un populacho ignorante al que explicaba los nuevos oráculos del cielo. Esos miserables, seducidos por las promesas y por las fábulas de ese nuevo impostor, expandieron su renombre y lo exaltaron hasta el punto de eclipsar el de sus predecesores.

Mahoma no era un hombre que pareciera adecuado para fundar un imperio; no era excelso ni en política ni en filosofía³¹; no sabía ni leer ni escribir. Era tan poco firme que a menudo habría abandona-

31.- "Mahoma, dice el conde de Boulainvilliers, ignoraba los saberes normales, pero seguramente no ignoraba todos los conocimientos que un gran viajero puede adquirir con espíritu natural cuando se esfuerza en emplearlo de forma útil. No era igno-

do su empresa si no hubiera sido obligado a sostener la apuesta por el ingenio de uno de sus seguidores. Desde que empezó a hacerse famoso, Corais, poderoso árabe, celoso de que un hombre sin importancia tuviera la audacia de engañar al pueblo, se declaró su enemigo y obstaculizó sus propósitos, pero el pueblo, convencido de que Mahoma hablaba con Dios y los ángeles, hizo que prevaleciera sobre su enemigo; la familia de Corais llevó la peor parte y Mahoma, viéndose seguido de una muchedumbre estúpida que le creía un hombre divino, creyó no necesitar ya más a su compañero; pero por miedo a que éste descubriera sus imposturas quiso prevenir esa situación y para hacerlo con más seguridad le colmó de promesas y le juró que sólo quería llegar a ser grande para compartir con él el poder a cuya consecución había contribuido. “Estamos cerca, le dijo, del tiempo de nuestro enaltecimiento: tenemos un gran pueblo al que nos hemos ganado y ahora se trata de asegurárnosle mediante el artificio que tan felizmente has imaginado”. Al mismo tiempo, le convenció para que se ocultara en la fosa de los oráculos.

Se trataba de un pozo desde el que él hablaba para hacer creer al pueblo que la voz de Dios se dirigía a Mahoma, que estaba en medio de sus prosélitos. Confundido por las promesas de ese pérfido, su asociado fue a la fosa para simular el oráculo, como hacía normalmente; Mahoma se colocó entonces al frente de una multitud engreída y se oyó una voz que decía: “Yo que soy vuestro Dios, declaro que he elegido a Mahoma para ser el profeta de todas las naciones; de él aprenderéis mi verdadera ley que ha sido alterada por hebreos y cristianos”. Hacía mucho tiempo que este hombre hacía ese papel, pero finalmente fue pagado con la mayor y más negra ingratitud. Mahoma, escuchando la voz que le proclamaba como hombre divino, volviéndose hacia el pueblo, en nombre de ese Dios que le reco-

rante en su propia lengua, cuyo uso, y no la lectura, le había permitido adquirir toda su finura y su belleza. No ignoraba el arte de saber hacer odioso lo que es verdaderamente condenable y de pintar la verdad con los colores simples y vivos que impiden desconocerla. En efecto, todo lo que ha dicho es verdad en relación a los dogmas esenciales de la religión, pero no ha dicho todo lo que es verdad, y es en eso en lo que nuestra religión difiere de la suya”. Algo después añade “que Mahoma no ha sido ni grosero ni bárbaro, que ha conducido su empresa con todo el arte, toda la delicadeza, toda la constancia, la intrepidez, la gran visión de la que Alejandro y César hubieran sido capaces en su lugar, etc.”. (*Vida de Mahoma por el conde de Boulainvilliers*, Libro 2, pp. 266, 267 y 268, ed. de Amsterdam, 1731).

noía como su profeta, le ordenó que llenara de piedras esa fosa de la que había salido en su favor un testimonio tan auténtico, en memoria de la piedra que Jacob erigió para marcar el lugar en el que Dios se le había aparecido. Así murió el miserable que había contribuido al ascenso de Mahoma; sobre ese montón de piedras ha establecido su ley el último de los más célebres impostores: ese fundamento es tan sólido y está asentado de tal modo que después de más de mil años de reino aún no se percibe nada que haga pensar que pueda resquebrajarse.

23.- Así se hizo grande Mahoma, y fue más afortunado que Jesús puesto que vio antes de morir el progreso de su ley, algo que el hijo de María no pudo hacer a causa de su pobreza. Fue también más afortunado que Moisés que, por un exceso de ambición, se arrojó él mismo a un precipicio para acabar sus días. Mahoma murió en paz y con sus deseos satisfechos; además, tenía la certeza de que su doctrina subsistiría después de su muerte porque la había acomodado al genio de sus seguidores, nacidos y crecidos en la ignorancia, cosa que un hombre más hábil quizá no hubiera podido hacer.

Aquí tienes, lector, lo más notable que se puede decir sobre los tres célebres legisladores cuyas religiones han subyugado una gran parte del universo. Eran tal como los describo; os corresponde a vosotros examinar si merecen que les respetéis y si es excusable que os dejéis conducir por unos guías a los que ha engrandecido sólo la ambición y cuyas fantasías eterniza la ignorancia. Para libraros de los errores con los que os han cegado leed lo que sigue con espíritu libre y desinteresado; ese será el medio para descubrir la verdad.

CAPÍTULO IV

VERDADES SENSIBLES Y EVIDENTES

1.- Siendo Moisés, Jesús y Mahoma como acabamos de describirles, es evidente que no es en sus escritos donde hay que buscar una verdadera idea de la divinidad. Las apariciones y las conferencias

de Moisés y de Mahoma, al igual que el origen divino de Jesús, son las mayores imposturas que hayan podido realizarse, de las que tenéis que huir si amáis la verdad.

2.- No siendo Dios, como se ha visto, otra cosa que la naturaleza o, si se quiere, el conjunto de todos los seres, de todas las propiedades y de todas las energías, es necesariamente la causa inmanente y no distante de sus efectos; no puede ser llamado ni bueno, ni malo, ni justo, ni misericordioso, ni celoso; esas son cualidades que sólo convienen al hombre; por consiguiente, Dios no puede ni castigar ni recompensar. Esa idea de castigos y de recompensas sólo puede seducir a los ignorantes que no conciben el ser simple al que se llama *Dios* sino bajo imágenes que no le convienen en absoluto. Los que utilizan su juicio sin confundir sus operaciones con las de la imaginación y que tienen la fuerza de deshacerse de los prejuicios de la infancia, son los únicos que se forman de él una idea clara y distinta. Le comprenden como la fuente de todos los seres, que los produce sin distinción, sin que para él unos sean preferibles a los otros y sin que le cueste más producir al hombre que al más pequeño gusano o la planta más insignificante.

3.- No hay que creer por tanto que el ser universal que comúnmente llamamos Dios presta más atención a un hombre que a una hormiga, a un león o a una piedra; para él no hay nada bello o feo, bueno o malo, perfecto o imperfecto. No se preocupa por ser alabado, rezado, buscado, acariciado; no es en absoluto conmovido por lo que los hombres hacen o dicen, no es susceptible de amor, ni de odio³²; por decirlo de una vez, no se ocupa más del hombre que

32.- *Omnis enim per se divum natura necesse est / Inmortali aevo summa cum pace fruatur, / Semota ab nostris rebus sejunctaque longe; / Nam privata dolore omni, privata pericliis, / Ipsa suis pollens opibus: nihil indiga Nostris, / Nec bene pro meritis capitur, nec tangitur ira.* Lucrecio, *De rerum naturae*, Libro I, v. 57 et ss. (sic.) [Nota del editor: en la edición castellana citada, vol. 1, pag. 10, en la traducción correspondiente a los que -allí- son los versos 44 a 49, se dice: "Pues es necesario que todo ser divino goce por sí mismo de una vida eterna con la paz más profunda, separado de nuestras cosas, retirado muy lejos; porque, exento de todo dolor, exento de peligros, fuerte por sus propios recursos, sin necesitar de nosotros, ni se deja captar por beneficios ni conoce la ira."].

del resto de las criaturas sean del tipo que sean. Todas estas distinciones no son más que invenciones de un espíritu estrecho; la ignorancia las imaginó y el interés las fomenta.

4.- Así, un hombre sensato no puede creer ni en Dios ni en el infierno, ni en espíritus ni en diablos, de la manera en que comúnmente se habla de ellos. Todas esas grandes palabras han sido forjadas sólo para deslumbrar o para intimidar al vulgo. Que los que quieren convencerse mejor aún de esta verdad presten una seria atención a lo que sigue y se acostumbren a no realizar juicios más que después de una madura reflexión.

5.- La infinidad de astros que vemos por encima de nosotros ha permitido que se afirme la existencia de otros tantos cuerpos sólidos en los que se mueven, entre los cuales hay uno destinado a la Corte Celestial en el que Dios está como un rey en medio de sus cortesanos. Ese lugar es la morada de los bienaventurados, en la que se supone que las almas buenas van a reunirse abandonando el cuerpo. Pero, sin detenernos en una opinión tan frívola y que ningún hombre de buen sentido puede admitir, lo cierto es que eso que llaman *Cielo* no es otra cosa que la continuación del aire que nos rodea, fluido en el que los planetas se mueven sin ser sostenidos por ninguna masa sólida, al igual que la tierra que habitamos.

6.- Al igual que se ha imaginado un cielo en el que se ha fijado la morada de Dios y de los bienaventurados, o, según los paganos, de los dioses y las diosas, después se ha imaginado, como ellos, un *Infierno* o lugar subterráneo al que se dice que descienden las almas de los pecadores para ser atormentadas; pero esa palabra infierno, en su significado natural, no expresa otra cosa que un lugar bajo y hueco que los poetas han inventado para oponerle a la residencia de los habitantes celestes, que han supuesto alta y elevada. Eso es lo que significan exactamente las palabras *infernus* o *inferi* de los latinos o la griega *Hades*; es decir, lugar oscuro como un sepulcro o cualquier otro lugar profundo y temible por su oscuridad. Todo lo que se dice al respecto es sólo efecto de la imaginación de los poetas y de la perfidia de los sacerdotes; todos los discursos de los primeros son figu-

rados y apropiados para impresionar a los espíritus débiles, tímidos y melancólicos; fueron convertidos en artículos de fe por quienes tienen el mayor interés en mantener esa opinión

CAPÍTULO V

DEL ALMA

1.- El alma es algo más delicado de tratar que el cielo y el infierno; viene por tanto muy bien hablar de ella con mayor extensión para satisfacer la curiosidad del lector; pero antes de definirla hay que exponer lo que piensan de ella los más célebres filósofos. Lo haré en pocas palabras para que pueda recordarse con mayor facilidad.

2.- Unos, han pretendido que el alma es un *Espíritu* o una substancia inmaterial, otros han sostenido que es una porción de la divinidad; algunos hacen de ella un aire muy sutil, otros dicen que es una armonía de todas las partes del cuerpo, otros, en fin, que es la parte más sutil de la sangre que se separa de ella en el cerebro y que se distribuye por los nervios; dicho ésto, la fuente del alma es el corazón en el que se engendra y el lugar en el que ejerce sus funciones más nobles es el cerebro puesto que allí está separada de las partes más groseras de la sangre. Estas son las diversas opiniones que se han dado sobre el alma. Sin embargo, para desarrollarlas mejor las clasificaremos en dos tipos: en uno estarán los filósofos que la han hecho corporal y en el otro los que la han mirado como algo corpóreo.

3.- Pitágoras y Platón han supuesto que el alma era incorpórea, es decir, un ser capaz de subsistir sin la ayuda del cuerpo y que puede moverse por sí misma. Pretenden que todas las almas particulares de los animales son porciones del alma universal del mundo, que esas porciones son incorpóreas e inmortales o de la misma naturaleza que aquella, del mismo modo que es fácil entender que cien pequeños fuegos son de la misma naturaleza que un fuego grande del que se hubieran desgajado.

4.- Estos filósofos han creído que el universo estaba animado por una substancia inmaterial, inmortal e invisible, que lo hace todo, que actúa continuamente y que es la causa de todo movimiento y la fuente de todas las almas, que son emanaciones suyas. Como esas almas son muy puras y de una naturaleza infinitamente superior al cuerpo, no se unen –dicen– inmediatamente sino mediante un cuerpo sutil como la llama o ese aire sutil y extenso que el vulgo toma por cielo. Después toman un cuerpo aún más sutil, después otro un poco menos grosero y siempre así, por grados, hasta que pueden unirse a los cuerpos sensibles de los animales a los que descienden como a prisiones o sepulcros. Según ellos, la muerte del cuerpo significa la vida para el alma, que estaba en él como sepultada, y donde sólo muy débilmente podía ejercer sus muy nobles funciones; así, por la muerte del cuerpo el alma sale de su prisión, se desembaraza de la materia y se reúne con el alma del mundo del que había emanado.

Así, siguiendo esta opinión, todas las almas de los animales son de la misma naturaleza y la diversidad de sus funciones o facultades procede únicamente de la diferencia de los cuerpos en los que entran.

Aristóteles³³ admite una inteligencia universal común a todos los seres y que, respecto de las inteligencias particulares, hace lo mismo que la luz a los ojos; y como la luz hace a los objetos visibles, el entendimiento universal hace a los objetos inteligibles.

Este filósofo definió el alma como aquello que nos hace vivir, sentir, concebir y mover; pero no dijo nada de qué ser es ese que es la fuente y el principio de sus nobles funciones; en consecuencia, no es en él donde hay que buscar la clarificación de las dudas que tenemos sobre la naturaleza del alma.

5.- Dicearco, Asclepiades y Galeno en algunas cosas, han creído también que el alma era incorpórea, pero de otra manera, porque han dicho que el alma no es sino la armonía de todas las partes del cuerpo, es decir, lo que resulta de una mezcla exacta de los elementos y de la disposición de las partes, de los humores y de los espíritus. Así, dicen, al igual que la salud no es una parte de aquél que se encuentra bien, aunque esté en él, aunque el alma esté en el

33.- Véase el diccionario de Bayle, artículo "Averroes".

animal eso no significa que sea una de sus partes, sino el acuerdo entre todas las que le componen.

Sobre esto hay que señalar que estos autores consideran el alma incorpórea a partir de un principio totalmente opuesto a su intención, porque decir que no es un cuerpo sino sólo algo inseparablemente unido al cuerpo, es tanto como decir que es corporal, porque no sólo se llama corpóreo a lo que es cuerpo sino a todo lo que es forma o accidente, o lo que no puede ser separado de la materia.

Estos son los filósofos que sostienen que el alma es incorpórea o inmaterial; se ve que no están de acuerdo consigo mismos y, en consecuencia, que no merecen ser creídos.

Pasemos a los que confiesan que el alma es corpórea o material.

6.- Diógenes creyó que el alma está compuesta de aire, de donde deriva la necesidad de respirar, y la definió como un aire que pasa desde la boca a través de los pulmones hasta el corazón, donde se calienta y desde donde se distribuye en seguida a todo el cuerpo.

Leucipo y Demócrito dijeron que era de fuego y que, como el fuego, estaba compuesta de átomos que penetran fácilmente en todas las partes del cuerpo y le hacen mover.

Hipócrates dijo que estaba compuesta de agua y de fuego; Empédocles de los cuatro elementos. Epicuro creyó, como Demócrito, que el alma está compuesta de fuego, pero añadía que en esa composición entra el aire, un vapor y otra substancia que no tiene nombre y que es el principio del sentimiento, que de esas cuatro substancias diferentes se forma un espíritu muy sutil que se expande por todo el cuerpo y que se debe llamar *alma*.

Descartes sostiene también, pero de forma lamentable, que el alma no es nada material; digo *de forma lamentable* porque nunca un filósofo razonó tan mal sobre este asunto como ese gran hombre, y os mostraré cómo lo hace. En primer lugar, dice que hay que dudar de la existencia del propio cuerpo, creer que no se tiene; después, razonar del siguiente modo: *no hay cuerpo y sin embargo yo existo; por tanto yo no soy un cuerpo y en consecuencia sólo puedo ser una substancia que piensa*. Pese a que este bello razonamiento se destruye a sí mismo, diré sin embargo en dos palabras cuál es mi sensación.

- 1º, Esa duda que Descartes propone es totalmente imposible porque aunque alguna vez se piense no pensar que hay cuerpos, sin embargo es cierto que los hay cuando se piensa.
- 2º, Quien crea que no hay cuerpos debe estar seguro de que él no es uno porque nadie puede dudar de sí mismo, o, si está seguro de ello, su duda es totalmente inútil.
- 3º, Cuando dice que el alma es una substancia que piensa no nos dice nada nuevo. Todos están de acuerdo, pero la dificultad está en determinar qué es esa substancia que piensa y él no la resuelve más que los demás.

7.- Para no andar con rodeos como él hace, y para tener la idea más sana posible sobre el alma de todos los animales, sin excluir al hombre que es de la misma naturaleza y que no ejerce funciones diferentes sino por la diversidad de los órganos y de los humores, hay que prestar atención a lo que sigue.

Es cierto que hay en el universo un fluido muy sutil o una materia muy fina y siempre en movimiento cuyo origen está en el sol; el resto está repartido en los demás cuerpos más o menos según su naturaleza o su consistencia. Eso es el alma del mundo; eso lo que le gobierna y vivifica, y de lo que alguna porción está en todas las partes que le componen.

Este alma es el fuego más puro que hay en el universo. No arde por sí mismo sino por diferentes movimientos que confiere a las partículas de los demás cuerpos en los que entra, arde y hace sentir su calor. El fuego visible contiene más de esta materia que el aire, éste más que el agua, y la tierra aún mucho menos. Las plantas tienen más que los minerales, y los animales aún más. En fin, este fuego encerrado en el cuerpo le hace capaz de sentimiento y es lo que se llama *alma* o lo que se llaman *espíritus animales*, que se extienden por todas las partes del cuerpo. Pero es cierto que siendo este alma de la misma naturaleza en todos los animales, se disipa a la muerte del hombre igual que a la de las bestias. De ahí se deduce que lo que los poetas y los teólogos nos dicen sobre el otro mundo es una quimera que han parido y que han vendido por razones fáciles de adivinar.

CAPÍTULO VI

DE LOS ESPÍRITUS QUE LLAMAN DEMONIOS

1.- Dijimos antes cómo se introdujo entre los hombres la noción de los espíritus y mostramos que esos espíritus no son sino fantasmas que sólo existen en su imaginación.

Los primeros doctores del género humano no eran lo suficientemente ilustrados para explicar al pueblo lo que eran esos fantasmas, pero no dejaron de decirle lo que pensaban de ellos. Unos, viendo que los fantasmas se disipaban y no tenían ninguna consistencia, los llamaron *inmateriales*, *incorpóreos*, formas sin materia, colores y figuras sin ser pese a todo cuerpos con color o con figura, añadiendo a ello que podían revestirse de aire, como de un hábito cuando querían hacerse visibles a los ojos de los hombres. Otros decían que eran cuerpos animados pero hechos de aire o de otra materia más sutil que hacían más densa a voluntad cuando querían aparecer.

2.- Si estos dos tipos de filósofos eran opuestos en la opinión que tenían sobre los fantasmas, coincidían en los nombres que les daban, pues todos les llamaban *demonios*, en lo que resultan tan insensatos como los que durmiendo creen ver las almas de las personas muertas y que cuando se miran en un espejo es su alma lo que ven o, en fin, que las estrellas que ven reflejadas en el agua son el alma de las estrellas. Tras esta ridícula opinión caen en un error que no es menos absurdo al creer que esos fantasmas tienen un poder ilimitado, noción desprovista de razón pero común entre los ignorantes o que se imaginan que los seres que no conocen tienen un poder maravilloso.

3.- Esta ridícula opinión no fue divulgada hasta que los legisladores se sirvieron de ella para apoyar su autoridad. Ellos establecieron la creencia en los espíritus que llamaron *religión*, esperando que el miedo que el pueblo tendría a esos poderes invisibles les

mantendría en su deber; y para dar mayor peso a ese dogma, distinguieron los *espíritus* o *demonios* en buenos y malos: unos fueron destinados a incitar a los hombres a observar sus leyes, los otros a sujetarlos y a impedir que las transgredieran.

Para saber lo que son los demonios basta con leer a los poetas griegos y sus historias y, sobre todo, lo que Hesiodo dice al respecto en su Teogonía, donde trata ampliamente de la generación y del origen de los dioses.

4.- Los griegos fueron los primeros que los inventaron. De ellos han pasado, mediante sus colonias en Asia, a Egipto e Italia. Es ahí donde tuvieron conocimiento de ellos los judíos que estaban dispersos por Alejandría y otros lugares. Se sirvieron con alegría de ellos del mismo modo que otros pueblos pero con la diferencia de que no llamaron *demonios*, como los griegos, a los buenos y malos espíritus de manera indistinta, sino sólo a los malos, reservando sólo para los buenos demonios el nombre de *espíritu*, de *Dios*, y llamando *profetas* a quienes eran inspirados por el buen espíritu; además, consideraron efecto del espíritu divino todo lo que miraban como un gran bien, y efecto del *demonio-malo* o del espíritu maligno todo lo que consideraban un gran mal.

5.- Esta distinción entre el bien y el mal les hizo llamar *demoníacos* a esos que nosotros llamamos *lunáticos*, *insensatos*, *furiosos* o *epilépticos*, como también a los que hablaban un idioma desconocido. Un hombre contrahecho y sucio, en su opinión, estaba poseído por un espíritu inmundo; un mudo estaba poseído por un espíritu mudo. En fin, las palabras *espíritu* y *demonio* se les hicieron tan familiares que hablaban de ellos en cualquier ocasión; es claro entonces que los judíos creían, como los griegos, que los espíritus o fantasmas no eran puras quimeras ni visiones sino seres reales independientes de la imaginación.

6.- De ahí procede que la Biblia esté llena de cuentos sobre los espíritus, los demonios y los demoníacos, pero en ningún lugar se dice cómo y cuándo fueron creados: algo que no puede perdonarse a Moisés que, se dice, se puso a hablar de la creación del cielo y de la

tierra. Jesús, que habla bastante a menudo de ángeles y de espíritus buenos y malos, tampoco nos dice si son materiales o inmateriales. Eso pone de manifiesto que los dos no sabían más que lo que los griegos habían enseñado a sus ancestros. De no ser así Jesucristo sería tan censurable por su silencio como por su malicia al negar a todos los hombres la gracia, la fe y la piedad que aseguraba poder darles.

Pero, por volver a los espíritus, lo cierto es que palabras como *demonios*, *satán*, *diablo*, no son nombres propios que designen a algún individuo y que sólo los ignorantes lo creyeron, tanto entre los griegos que los inventaron como entre los judíos que los adoptaron: después que estos últimos fueran infectados por esas ideas, atribuyeron esos nombres que significan *enemigo*, *acusador* y *exterminador* tanto a los poderes invisibles como a los visibles, es decir, a los gentiles, de los que decían que habitaban el reino de satán, mientras que sólo ellos en su opinión habitaban el reino de Dios.

7.- Como Jesús era judío y, en consecuencia, estaba fuertemente imbuido de esas opiniones, no hay que extrañarse si a menudo se encuentran en los evangelios y en los escritos de sus discípulos las palabras *diablo*, *satán*, *infierno*, como si se refirieran a algo real o efectivo. Sin embargo, como ya hemos mostrado, es muy evidente que no hay nada que sea más quimérico, y si lo que hemos dicho no fuera suficiente para probarlo basta con dos palabras para convencer a los obstinados.

Todos los cristianos están de acuerdo en que Dios es el origen de todas las cosas, que las ha creado y las conserva y que sin su ayuda retornarían a la nada. Siguiendo este principio él ha creado eso a lo que se llama *diablo* o *satán*. Ya lo haya creado bueno o malo (algo de lo que aquí no se habla) es, incontestablemente, obra del primer principio. Si subsiste, pecador como es según se dice, sólo puede ser por la voluntad de Dios. Pero ¿cómo se puede concebir que Dios conserve a una criatura que no sólo le odia a muerte y le maldice sin cesar sino que además se esfuerza en corromper a sus amigos para tener el placer de mortificarle? ¿Cómo, digo, es posible que Dios deje subsistir a ese diablo que le ocasionaría la mayor pena posible, que le destronaría si pudiera y que apartaría de su servicio a sus favoritos y elegidos?

¿Cuál es aquí el objetivo de Dios o, mejor, qué se nos quiere decir hablando del diablo y del infierno? Si Dios lo puede todo y nada es posible sin él ¿de dónde procede que el diablo se odie, le maldiga y le arrebathe a sus amigos? O bien Dios lo consiente o no lo consiente. Si lo consiente, el diablo, al maldecirle, no hace sino lo que debe hacer, puesto que no puede lo que Dios no quiere; en consecuencia, no es el diablo sino el mismo Dios quien se maldice; ¡sería absurdo que alguna vez sucediera algo así! Si no lo consiente, resulta que no es cierto que sea omnipotente y en consecuencia, existirían dos principios, uno del bien y otro del mal, uno que quiere una cosa y otro que quiere lo contrario. Pero ¿a dónde nos lleva este razonamiento? A conseguir que se confiese, sin réplica posible, que ni Dios, ni el diablo, ni el paraíso, ni el infierno, ni el alma, son lo que la religión dice, y que los teólogos, es decir los que venden fábulas como si fueran verdades, son gente de mala fe que abusa de la credulidad de los pueblos para insinuarles lo que a ellos les conviene, como si el vulgo fuera absolutamente indigno de la verdad o sólo debiera alimentarse de quimeras en las que cualquier hombre razonable sólo ve el vacío, la nada y la locura.

Hace demasiado tiempo que el mundo está infectado de esas opiniones absurdas. Sin embargo, en todo momento ha habido espíritus sólidos y hombres sinceros que, pese a la persecución, se han rebelado contra los absurdos de su siglo como acabamos de hacer en este pequeño tratado. Los que aman la verdad encontrarán en él, sin duda, algún consuelo; es a ellos a los que quiero agradecer sin preocuparme de la opinión de aquellos para quienes los prejuicios son oráculos infalibles.

*Felix qui potuit rerum cognoscere causas,
Atque metus omnes & inexorabile fatum
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari.*

Virgilio, *Georg.*, libro 2, vs. 490.

DE TRIBUS IMPOSTORIBUS

Muchos sostienen que hay Dios y que hay que rendirle culto, antes de haber entendido qué sea *Dios*, qué sea *ser* (puesto que es algo común a los cuerpos y a los espíritus sea cual sea su diferencia) y qué sea *rendir culto a Dios*. Entre tanto, valoran el culto a Dios por la medida del culto de los fastos humanos.

Describen qué es Dios desde la aceptación de su ignorancia: ciertamente, como es diferente de las demás cosas, necesitan ensalzarlo rechazando los conceptos verdaderos. Dicen que es un ser infinito, es decir, un ser cuyos límites ignoran. Dicen que es el creador del cielo y de la tierra, pero no dicen cuál es su creador, porque no lo saben, porque no lo entienden.

Otros dicen que tiene en sí mismo su origen y afirman que su ser no lo tiene sino de sí mismo. Y al decirlo dicen algo que no entienden. No concebimos su principio, dicen; por tanto, no lo hay (¿por qué no, no concebimos a Dios, por tanto no lo hay?). Esta es la primera regla de la ignorancia.

No hay prolongación al infinito ¿por qué no? Porque la inteligencia humana debe detenerse en algo. ¿Por qué? Porque así sucede habitualmente, porque no puede imaginar algo que esté más allá de sus límites; como si se dijera: no concibo el infinito, por tanto no lo hay.

Y sin embargo, como muestra la experiencia, entre los seguidores del Mesías algunos establecen prolongaciones infinitas en las propiedades o en las personas divinas, sobre cuya limitación hasta ahora sin embargo hay disputa, estableciendo así totalmente que hay prolongación al infinito. Del infinito, en efecto, es generado el Hijo; del infinito procede el Espíritu Santo.

Infinitamente se extiende la generación, la procedencia. En efecto, si empezase o si terminase una vez esta generación, esta procedencia, el concepto de eternidad dejaría de tener sentido.

Si se está de acuerdo con ellos en esto, en que la procreación humana no puede extenderse al infinito, cosa que concluyen a causa de su finito intelecto, ¿no habrá que suponer también que ha habido generaciones entre los dioses tan numerosas como entre los hombres? Y entre tantos dioses ¿cuál asume el papel de principal? Porque todas las religiones admiten dioses intermedios aunque no sea con esos mismos términos. El principio según el cual *un ser superior por naturaleza al hombre debe ser único* se derrumba. Por esto se puede decir que de la diversidad de los dioses surge la diversidad de las religiones y la variedad de los cultos; la devoción de los pueblos paganos se apoya fundamentalmente en ello.

A los dioses paganos se les reprochan matanzas y adulterios pero, además de que ya hace tiempo fueron entendidos en sentido místico por los más sabios de esos pueblos, habría que decir lo mismo de otros: tantas carnicerías de gentiles perpetradas por Moisés y Josué por mandato de Dios. El Dios de Israel impuso a Abraham un sacrificio humano. No fue consumado por una situación extraordinaria, pero no habría podido mandar o no habría sido tomado en serio por Abraham nada que de manera absoluta fuera contrario a la naturaleza de Dios. Mahoma prometía todo el orbe a quien siguiera su superstición. Y a los cristianos les vaticinaron la muerte de sus adversarios y el sometimiento de los enemigos de la Iglesia; y no fue pequeño a partir de que los cristianos accedieran al gobierno de lo público. ¿No es admitida la poligamia por Mahoma, Moisés y, según algunos, por el Nuevo Testamento? ¿No ha sido procreado el hijo de Dios de una peculiar conjunción entre Dios Espíritu Santo y una virgen casada?

Las demás cosas que se objeta a los paganos sobre sus ridículos ídolos y sobre el mal uso que hacen del culto, no son tantas como para que no puedan objetarse cosas similares a los seguidores de otras religiones. Ese mal uso procede más de los ministros que de

los fundadores de las religiones y es más de los discípulos que de sus maestros, como sería fácil mostrar.

Por lo demás, para volver a lo que decía al principio, a este Ser que pone fin al proceso del intelecto, unos le llaman *Naturaleza*, otros *Dios*. Para unos son la misma cosa, para otros cosas diferentes. Unos sueñan mundos desde la eternidad y llaman *Dios* a la conexión entre las cosas, otros afirman que *Dios* es un *ser separado* que no puede ser visto ni entendido, aunque entre éstos las contradicciones no sean infrecuentes. La religión, en la medida que concierne al culto, unos la sitúan en el miedo y otros en el amor a las potencias invisibles. Pero al ser falsas las potencias invisibles se acusan de idolatría unos a otros, cada cual según sus principios.

Sostienen que el amor nace de la benevolencia, e incluyen la gratitud que, sin embargo, surge preferentemente de la afinidad de los humores al igual que las buenas acciones de los enemigos provocan un odio mucho mayor, aunque esto no se atreven a confesarlo ninguno de esos hipócritas. ¿Quién diría que el amor emana de la benevolencia de quien introdujo en el hombre partículas de león, de oso y de otras bestias feroces, para que se precipitara a una naturaleza contraria a la inclinación del creador? ¿Quién, conociendo la debilidad de la naturaleza humana, pondría a los hombres ante un árbol cuyo fruto sin duda pese a la advertencia consumirían, que sería fatal para ellos y, según dicen algunos, para toda su descendencia? ¡Y se pretende aún que a pesar de todo esto, como si se les hubiera hecho un gran bien, se mantengan venerantes y agradecidos! “Eso quería Ulises...”. Toma un arma mortal, por ejemplo una espada, si estás seguro de que puedes prever (cosa que algunos, en la medida en que entraña contingencia, niegan a Dios) que aquél que elijas la tomará para darse a sí y a toda su progenie una muerte miserable, una muerte que cualquiera temería perpetrar si le quedara siquiera un poco de humanidad. Toma una espada, digo, tú que eres padre o que eres amigo; y si eres padre o verdadero amigo dásela a tu amigo o a tu hijo ordenándoles que no la usen, aunque sin dudar que van a atacar a alguien o van a producir una terrible matanza entre los suyos. Piensa ¿qué padre serías si así actuaras? ¿Qué burla, si no ésta, merece ser prohibida? Dios estaba obligado a prevenirla.

Dicen que debe ser alabado por su buena acción, porque, dicen, si *Dios* existe tiene que ser honrado. Del mismo modo podrían deducir: existe el Gran Mogol y por tanto debe ser honrado. ¿Le honran los suyos? ¿Por qué? Para satisfacer su orgullo desmedido y el de todos sus magnates. Nada más. Es venerado principalmente por miedo a la potencia visible (que se termina con su muerte) y por la esperanza de una recompensa. Es la misma razón que hay para el culto a los parientes y otros individuos importantes. Y como las potencias invisibles son consideradas más fuertes y mayores que las visibles, dicen que deben ser más veneradas. Por otra parte se dice que Dios debe ser honrado en pago de su amor. Pero ¿qué amor es ese que provoca un crimen infinito para una descendencia inocente por el error de uno sólo, que era previsible y estaba predeterminado (concediendo la posibilidad de una predestinación siquiera mínima)? Pero hay redención, dices. Pero ¿de qué manera? Un padre condena a un hijo a la miseria extrema para que otro caiga en tormentos no menores por la redención del primero.

Los bárbaros no inventaron nada tan frívolo.

Pero ¿por qué debe Dios ser amado? ¿Por qué debe ser honrado? Porque creó. ¿Para qué? Para nuestra ruina. ¡Porque, en realidad, conoce de antemano los errores que se producirán, y ha puesto a la vista la manzana prohibida como medio sin el que no podrían caer! Y pese a ello debe ser venerado porque todas las cosas dependen de él para llegar a ser y, añaden otros, para ser y también para conservarse.

¿Para qué, en fin, debe ser Dios adorado? ¿Acaso necesita ser honrado o se calma con ello? La cosa es así: los parientes y los benefactores son, entre nosotros, venerados ¿pero qué es esa veneración? La sociedad humana vela por las necesidades recíprocas y la veneración procede de que se cree que un poder más grande y más cercano será una ayuda para nosotros. Nadie quiere ayudar a otros sin que haya reciprocidad respecto de las propias necesidades. Se denomina reconocimiento de ayuda y agradecimiento, y exige un reconocimiento mayor, que además se haga público, quie-

re que el otro quede a disposición como un servidor para suscitar en los otros la gloria y la admiración de su magnificencia. Sin duda nos halaga que los demás nos crean lo bastante capaces como para ayudar en las necesidades particulares o en las comunes; nos pavoneamos; y por ello la magnificencia se cuenta entre las virtudes. Pero ¿quién no ve en ello la imperfección de nuestra naturaleza? ¿Acaso alguien diría que Dios, lo más perfecto que existe, necesita algo? Si es perfecto y ya en sí mismo lo suficientemente contento y honrado como para estar por encima de todos los honores externos ¿quién diría que desea algo así, si no es porque lo necesita? Desear honores es signo de imperfección e impotencia.

En este punto algunos arguyen insistentemente que hay acuerdo en todas las naciones: pero casi todos ellos insisten en este argumento, o bien habiendo hablado únicamente con sus paisanos o bien tras haber ojeado tres o cuatro libros que tratan sobre un supuesto convencimiento universal, sin medir rigurosamente hasta qué punto al autor le constan las inclinaciones del universo. Por otra parte, esta gente no ha consultado a todos los autores. Además, tengamos en cuenta que estamos tratando del culto, basado en Dios mismo y en sus obras, no en cualquier interés de determinada sociedad. Pues no hay nadie que no entienda que interesa muchísimo a los gobernantes y a los ricos de la república el hecho de tener alguna forma de religión para debilitar la ferocidad del pueblo.

Por otra parte, y atendiendo a la primera cuestión, ¿quién creería que en la principal sede de la religión cristiana, Roma, tantos libertinos y —por decirlo más duramente— tantos ateos, vengan a tener su refugio y quién, habiéndolo creído, podría decir que el consenso de todas las gentes es: *Dios existe, hay que darle culto?* A saber, porque hombres de buen juicio también lo sostienen. ¿Qué hombres de buen juicio? El Sumo Pontífice, los augures, los adivinos entre los antiguos, Cicerón, César, los príncipes, y los sacerdotes que a ellos se adhieren, etc. Pero ¿cómo podemos tener constancia de que no sólo lo dicen sino que creen lo que dicen, y no muestran tales juicios por interés propio? Es el caso que éstos controlan el timón y, con la ayuda de la credulidad del pueblo, amenazando con el supremo poder y castigo de seres invisibles, inventan-

do dolosamente en ocasiones una relación estrecha e íntima con esos poderes, se apropian para su bienestar buenos beneficios e incluso excesivos. No hay que maravillarse de que los sacerdotes enseñen tales cosas, porque así tienen que mantener su régimen de vida. Y de esta manera se entienden los dictámenes de hombres de buen juicio.

Supongamos que este universo dependa de la dirección de un primer móvil; en ese caso, la dependencia sería desde el inicio. ¿Qué impide, para que exista la pretendida primera ordenación de Dios, que todas las cosas, al ser previamente regulado su curso, se dirijan hasta el término preestablecido si alguien ha decidido preestablecerlo? Ya no serán necesarios nuevos cuidados, ni dependencia ni apoyos, sino que será suficiente con dispensar desde el principio a cada cosa el poder impulsor. ¿Y por qué se va a pensar que no se ha hecho así? No hay razón para creer que Dios se dedique a pasar consulta a todos los elementos y partes del universo como un médico a los enfermos.

¿Y qué decir del testimonio de la conciencia, de donde procede el miedo originado por las malas acciones, si no creyéramos que existe en lo alto alguien que nos ve y nos juzga, a quien le disgustan los crímenes como algo absolutamente contrario a su culto?

No se trata de profundizar en la naturaleza del bien y del mal, ni en los peligros de los prejuicios ni en la vacuidad del temor excesivo que nace de ideas preconcebidas. Yo solamente digo de dónde nacen todos los crímenes: nacen de la corrupción y de la alteración de la armonía que lleva a socorrer la necesidad recíproca que une al género humano; y digo que esa creencia de quien, más que socorrer la indigencia humana, la promueve, le hace odioso. Así ocurre que se tema incurrir en el odio o el desprecio de los otros, o en la correspondiente denegación por parte de los demás de la ayuda que uno necesita, o perder su influencia y poder sobre los demás, ya que, desde luego, debe temer que los demás le priven del poder de causar daño.

Dicen que así es como actúan aquellos que no poseen la luz de la Sagrada Escritura, según la luz natural y siguiendo el dictamen de su conciencia, lo cual muestra que Dios ha inculcado al intelecto común de los hombres algunas chispas de su conocimiento y voluntad y que, si obramos según ellas, se ha de decir que actuamos rectamente. ¿Y qué razón puede existir para dar culto a Dios si no es ésta? Por otro lado, se disputa con muchos argumentos si las bestias obran según la guía de la razón, y es una cuestión no resuelta, por lo que yo no me manifiesto. ¿Quién te asegura que no sea así o que un bruto animal educado no aventaje alguna vez en intelecto y en capacidad de juicio a un hombre rudo y salvaje? Lo digo tal cual es: la mayor parte de los hambres ociosos que dejaron a un lado el pensamiento común por elucubraciones de los asuntos más sutiles a fin de satisfacer su orgullo y su utilidad, inventaron muchas sutiles reglas a las que ni Tirsis ni Alexis, ocupados en su trabajo pastoril y rústico, pudieron dedicarse. Por lo cual éstos dieron su confianza a los especuladores ociosos como a los más sabios, habría que añadir: como a los más aptos para imponerse a los insensatos. ¡Ea, buen Alexis, acude a los Panes, Silvanos, Sátiros, Dianas etc., dales culto; pues estos grandes filósofos te darán cuenta del sueño de Pompiliano y te contarán su trato carnal con la ninfa Egeria; y por eso te quieren atar a su culto, y desean sacrificios y la grasa del rebaño, y tu sudor, en pago de su obra, y para propiciar la reconciliación y la gracia de aquellas potencias invisibles. De este modo, como Tirsis da culto a Pan, Alexis a los faunos, Roma a los Martes, Atenas a los dioses desconocidos, hay que creer que estas buenas gentes conocieron ciertas cosas por la luz de la naturaleza, porque habían sido inventadas y atribuidas por los ociosas especuladores, y eso por no hablar más duramente contra las religiones de los otros. ¿Y por qué esta misma razón no les ha dictado la aberración de dar ridículamente culto a simulacros y a piedras como si fueran habitáculos de sus dioses? Como las buenas mujercitas van en pos de Francisco, Ignacio, Domingo y otros semejantes con tan ferviente adoración, debemos creer que la razón dicta al detalle que a determinado hombre santo se le ha de rendir culto, y que éstos, por la luz natural, han penetrado en el culto de alguna potencia superior ya no visible. Cuando lo cierto es que estas cosas no son sino fábulas de nuestros ociosos sacerdotes para un incremento más exquisito de su sustento.

Por tanto ¿no existe Dios? Sea, existe; ¿Por tanto hay que darle culto? Pero no se sigue que quiera un culto. Pero lo quiere, porque lo grabó en el corazón. ¿Qué más, pues? Seguiremos la guía de nuestra naturaleza. Pero se reconoce que tal guía es imperfecta:

¿En qué? Viene bien para apacentar la sociedad humana con cierta tranquilidad. Pues los otros religiosos que se rigen por la revelación no viven más felices. Pero hay más, porque Dios exige de nosotros un conocimiento más exacto de Dios.

Pero tú de cualquiera religión que seas, no me das ese conocimiento que prometes. En, cualquier tipo de revelación qué sea Dios queda bastante más oscuro que antes. ¿Y cómo vas a establecer más claramente esa cuestión que supera todo intelecto con conceptos del intelecto? ¿Qué te parecen estas sentencias: A Dios nadie le conoció nunca; más, el ojo no lo vio; más, habita en una luz inaccesible; más, después de la revelación permanece como un enigma? Pero creo que a cualquiera es notorio cuánta claridad haya en el enigma. ¿Y de dónde deduces el hecho de que Dios exija esas cosas? ¿Acaso del deseo del intelecto de superar los límites de su condición y de entender perfectamente todo lo que hace, o de otra parte?

¡De una revelación especial! ¿Quién eres tú para decir eso? ¡Díos mío! ¡Cuánto batiburrillo de revelaciones! ¿Vas a fiarte de los oráculos de los gentiles? De ellos ya se burló la antigüedad. ¿De los testimonios de tus sacerdotes? Te ofrezco sacerdotes contradictorios. Disputad unos con otros: pero ¿quién será el juez? ¿quién pondrá fin a la controversia? ¿Presentas los escritos de Moisés, de los profetas, de los apóstoles? Se te enfrenta el Corán, que sostiene que lo anterior queda corrupto tras la más reciente revelación. Y su autor se ufana de haber perseguido con la espada y con divinos milagros las corruptelas y polémicas de los cristianos, como Moisés las de los gentiles. Mahoma con la fuerza, por la fuerza también Moisés subyugó Palestina. Uno y otro apoyados en grandes milagros. Y se ponen en tu contra las colecciones de escritos de sus secuaces, así como los de los Vedas y los brahmanes desde la remota antigüedad, por no hablar de los chinos. Tú, que estás escondido

en un rincón de Europa, olvidas estos hechos, niegas. Bueno, tú verás. Pero con la misma tranquilidad aquellos niegan lo tuyo. ¡Y qué serie de milagros no necesitaríamos para convencer a los habitantes del mundo si nos constara que el mundo se ha fundado y originado en el huevo de Escorpión y que la tierra se sostiene sobre la cabeza de Taurus y que los primeros principios del universo estarían fijados en los tres primeros libros de los Vedas si cierto envidioso hijo de Dios no hubiera robado estos tres primeros volúmenes! Los nuestros se reirían, y sería para ellos esto un nuevo argumento para afianzar su religión pero sin otro fundamento más que lo que hay en el cerebro de sus sacerdotes. ¿Y, además, de donde han venido tantos inmensos volúmenes acerca de los dioses de los gentiles y esa sarta de mentiras? Con bastante habilidad, Moisés, que habiendo primero aprendido las artes de los egipcios, es decir, el culto de los astros y de la magia y después con la ferocidad de las armas, despojó de sus tronos a los reyezuelos de Palestina y a la manera del coloquio de Pompiliano llevó a un ejército confiado en sus fuerzas a las posesiones de hombres pacíficos: todo para llegar a ser él mismo el gran caudillo, príncipe y dictador del pueblo, y su hermano sumo sacerdote. Sucesivamente por vías más dulces y seduciendo al pueblo a base de una pretendida santidad...me horroriza decir más; y sus secuaces por medio de engaños piadosos, desde los más escondidos conventículos, primero se apoderaron de la ingenua plebe de paganos, después de los odiosos príncipes del pueblo, retoños de la nueva religión forzada, que los temían. Finalmente, otro, aficionado a la guerra, se agregó con falsos milagros los más feroces pueblos de Asia, mal tratados por los emperadores cristianos; siguiendo el ejemplo de Moisés subyugó a los desacordados y desocupados príncipes de Asia e impuso su religión a golpe de alfanje. El primero se tiene por corrector del paganismo; el segundo, del judaísmo; habrá que ver quién lo será de Mahoma, del mahometismo.

Sin duda, la credulidad de los hombres está sometida a los fraudes, cuyo abuso, bajo el pretexto de alguna utilidad, con merecimiento se llama IMPOSTURA. Sería ahora no sólo demasiado largo sino también tedioso desarrollar con amplitud la naturaleza y las clases

de la impostura. Pero debemos notar que, si se ha reconocido una religión natural y el debido culto divino, puesto que se dice que ha sido dictada por la naturaleza, entonces el líder de toda nueva religión es sospechoso de impostura; y más aún habiendo intervenido en cualquier religión propagada tantos fraudes, como es evidente para todos y obvio a la luz de lo ya dicho y de lo que se seguirá diciendo.

Por tanto permanece esta apropiada alegación como inmutable: *que la religión y el culto a Dios según el dictamen de la luz natural es conforme a la verdad y a la justicia*. Pero quien pretende establecer otra cosa relativa a la religión, algo nuevo o algo disonante, y establecerlo con la autoridad de un poder superior invisible, es necesario que ponga por delante de forma evidente su poder de reformar si no quiere ser tenido por todos como *impostor*, que va en contra de la opinión de todos no basándose ni en la razón natural ni en la autoridad de una especial revelación. Y más aún, es necesario que sea honesto en su vida y costumbres de manera que pueda ser considerado por la multitud digno, como para recibir en coloquio familiar al sumo y santo espíritu a quien nada impuro le place; y esta cualidad no la pueden probar ni sólo su propio testimonio, ni una vida pasada suficientemente piadosa, ni algunos milagros, es decir, *acciones extraordinarias*; pues eso es habitual en los hombres más artificiosos y engañadores, mentirosos, hipócritas que con estas artes se buscan provecho o gloria; y no hay que olvidar que algunos llegaron hasta tal grado de locura que se dirigieron espontáneamente a la muerte para que se creyera que despreciaban sinceramente todos los bienes, como algunos entre los antiguos filósofos. Y no debemos creer que éstos estaban sostenidos por especiales poderes divinos, más bien lo hicieron a causa de la insania desde una vacua imaginación y por la vana esperanza de montañas de oro. Pues éstos ni juzgaron rectamente la realidad ni eran verdaderos doctores; para que los juzgues bien dije que no sólo es insuficiente su propio testimonio, sino que es necesario confrontarlos unos con otros entre sí y con otros testigos, tanto cercanos y conocidos como desconocidos, tanto amigos como enemigos; y después, una vez recogidos los testimonios de todos, penetrar la verdad de cada uno de los doctores acerca de sí mismo, igual

que la de los demás. Y si nos son desconocidos los testigos mismos, habrán de ser consultados los testigos de los testigos, y así sucesivamente. Hay que añadir, además, el examen de tu capacidad de juicio: si eres capaz de discernir lo falso en tales o tales circunstancias, sobre todo si está envuelto en apariencias de verdad, añadir también la investigación sobre de dónde sacar las características de la verdad que quieres conocer; habiendo confrontado también por el juicio de otros qué hayan concluido a partir de tal demostración o testimonio. Sólo con estas condiciones será lícito deducir si, quien se presenta como mensajero de una revelación de la voluntad divina, lo es en verdad y si su dictado se ha seguir a pie firme. Pero cuidemos mucho en este asunto de no caer en un círculo vicioso.

Y dado que la naturaleza de las principales religiones consiste en que la más reciente se sobrepone a la anterior (la de Moisés al paganismo, la del Mesías al judaísmo, la de Mahoma al cristianismo) y que no siempre ni en todo la religión posterior hace tabla rasa de la anterior, incluso es posible que se base en ella, como hacen el Mesías y Mahoma; es preciso escrutar minuciosamente todas y cada una, no sólo la última, ni la segunda ni la primera, y más si cualquiera de ellas es acusada de impostura, como son imputados los judíos por el Mesías de haber falsificado la Ley o como son acusados los cristianos por Mahoma de haber falsificado el Evangelio. Y no es nada extraño, cuando cada una de las sectas cristianas imputa a cada una de las otras haber alterado los textos del Nuevo Testamento; para que pueda estar claro que el que se propone como fundador es el guía de la nueva religión verdadera y que los que a sí mismo se arrojan el papel de guías tienen que ser escuchados. Así pues no se ha de dejar a un lado el examen de ninguna secta, sino dedicarse al examen de todas más allá de cualquier prejuicio. Pues, si una sola se omitiera, esa misma podría ser, quizá, la más verdadera. Es decir, el seguidor de Moisés podría seguir la verdad, incluso después de los cristianos; y no hay que cesar en este punto: hay que indagar también la verdad de la religión cristiana.

Es claro que cada una de las sectas asegura que todos los doctores están en su seno, que cada una se considera segura y que se ha asegurado día a día, y que no se pueden presentar otras sectas mejo-

res. Entonces, o tendríamos que creer a todas —lo que es ridículo— o a ninguna, lo que es más lógico, por lo que ninguna debe quedar fuera de la confrontación hasta que se encuentre una vía verdadera.

Para saber que dos más dos son cuatro no hay que reunir a todos los matemáticos. Lo mismo que no conocemos a nadie que pueda dudar de que dos más dos son cuatro, nadie duda de que las religiones discrepan unas de otras en el fin, en los principios y en los medios. Supongamos que yo ignoro el camino recto de la salvación y me inclino por los brahmanes o por el Corán. Entonces vienen Moisés y los demás a decirme: “¿Qué mal te hemos hecho nosotros para que nos rechaces, siendo como somos mejores y más verdaderos?” ¿Qué responder? “He creído en Mahoma o en los gimnosofistas porque he nacido y he sido educado en su doctrina de la que se deduce que tu religión y su continuadora, la de los cristianos, han sido desde hace mucho tiempo abolidas y que son corruptas o corruptoras” Y ellos, entonces, me responderán que no quieren saber nada de Mahoma y de los gimnosofistas, quienes son los que están lejos del verdadero camino de la salvación; y que están convencidos de que son ellos los corruptores y los impostores y que han engañado al pueblo con falsos milagros y con mentiras. Y también me dirán que no hay que dar fe a uno solo de los hombres o a una sola de las sectas rechazando las otras sin el debido examen previo; que con el mismo derecho podría decir un etíope, sin haber salido nunca de su tierra, que no hay bajo el sol hombre alguno que no sea negro.

Por lo demás, en el examen de las demás sectas, debemos cuidarnos mucho de emplear la misma diligencia en examinar todas, y de que no sea que una de ellas magnificada con una gran dedicación y se toquen apenas de refilón las otras, dejadas a un lado porque nos hayan parecido, por cualquier toma de posición a primera vista, dañosas o por la mala reputación tocante a su fundador. Y no tenemos que tomar inmediatamente como dogma o como testimonio indubitable sobre una religión contraria lo que diga el primer vagabundo que llegue. Pues es cierto que, con la misma autoridad, sólo por la opinión pública y con el solo reconocimiento del nombre, en un principio la religión cristiana para unos era objeto de

horror, para otros de ludibrio: entre algunos, porque daban culto a la cabeza de un asno; entre otros, porque comían y bebían a sus dioses, etc. De tal manera que un cristiano, en resumen, era considerado como un enemigo declarado de Dios y de los hombres, aunque tales habladurías fuesen o torcidamente entendidas o eminentes falsedades. Creencias que se consolidaban y en parte se originaban en el hecho de que los adversarios de esta religión o no trataban abiertamente o no lo hacían directamente con los propios cristianos ni, entre ellos, con los más sabios, sino que dieron en creer al primer profano, o al desertor, o al enemigo de ellos. Y, siendo la condición de este examen que proponemos, asunto de tan gran dificultad, ¿qué diremos de los niños, de las mujeres, de la mayoría de la plebe? Hay que excluir de la seguridad en su religión a todos los niños y a la mayor parte de las mujeres para quienes, incluso aquellos aspectos más claros que pueden deducirse de los principios de una religión, son tinieblas. Y si observas honestamente su modo de vida deduces que, exceptuando poquísimas, carecen prácticamente de la facultad de penetrar en tales misterios. Nada voy a decir de la inmensidad del pueblo humilde o de los rústicos, para quienes su máximo cuidado es la búsqueda de sustento; las demás cuestiones o las asumen sin más o las rechazan. Así se entiende que quede una mínima parte del mundo que pueda ponderar todas las religiones, que pueda discutir propiamente sobre la suya, que sea capaz de discernir adecuadamente los argumentos de verdad y de fraude, en los que ciertamente puede ser engañado con algunas minucias. El resto, mucho más numeroso, da su confianza sin más a los maestros de lo sagrado cuya ciencia y capacidad de juicio en lo tocante a religión se tienen como reconocidas.

Y esto es lo que sucede en cualquier religión, y es lo que hacen todos aquellos que, o no saben leer ni escribir, o no tienen nada que leer. Pero tenemos que considerar que el hecho de que los doctores de una religión estén capacitados para saber discernir lo verdadero de lo falso, por su juicio y su experiencia probados, no es suficiente; hay algo que tiene que estar más allá de la capacidad de juicio, y es que los tales doctores no sólo tengan el poder de distinguir la verdad de la fal-

edad, sino que, además, tengan voluntad de hacerlo. De hecho tenemos que estar seguros, ante todo, de que no quiere ser engañado ni quiere engañarnos quien de este modo profesa ciencia y voluntad.

¿Y a quién elegiremos, entre los tan dispares doctores de una secta señalada? Pues cuando vemos socios y hermanos que en muchas cuestiones disputan, por muy amigos que sean, estos que entre sí discrepan mantienen sus diferencias o bien por no comprender rectamente o bien por carecer de voluntad para profesar la verdad. Y puede ser lícito que esto acontezca en proposiciones secundarias, pero de alguna forma devienen sospechosos también en lo que afecta a las demás; en uno y otro caso la verdad es una sola, y quien se aleja de ella en un aspecto, ya sea por falta de discernimiento, ya sea por mala voluntad, acaba siendo sospechoso, y con razón, en todo lo demás. Por consiguiente, para poder deducir la capacidad o la autenticidad de cualquier doctor en religión, ante todo tienes que ser tan hábil como él, de otro modo te podría envolver con suma facilidad; y, además, si no te fías completamente de él, tendrá necesidad del testimonio de otros, y éstos a su vez de otros, lo que tiende al infinito; testimonios referentes a la verdad de sus doctrinas y a que él enseña con sinceridad, dejando de lado el fraude. Y habrá que tener prueba sólida acerca de los que testifican esas doctrinas y esa autenticidad. ¿Y aquí qué término pondremos? No es suficiente que tales asuntos hayan sido ya debatidos entre ellos; debe juzgarse también con qué rectitud se ha hecho. Pues las demostraciones expuestas no son ni ciertas ni evidentes, puesto que prueban las cosas dudosas con otras, a su vez, más dudosas aún; de tal forma que, a la manera de los que dan vueltas en círculo, vuelves siempre, a la postre, al punto donde has empezado la carrera.

Para dilucidar si alguien es realmente doctor de una religión o impostor, tenemos que usar de nuestra experiencia propia –que no nos compete en relación con los tres grandes fundadores de la religión judaica, cristiana y mahometana ya que son muy lejanos de nosotros y están desde hace mucho tiempo muertos– o de la experiencia ajena, que, en el caso de que nos la comunique alguien, llamamos testimonio. Queda aún una vía intermedia, esto es, la de conocer a alguien a través de sus escritos, a lo cual podríamos lla-

mar testimonio propio de alguien acerca de sí mismo. Nada escrito queda de Cristo. De Moisés se duda si existe algo. De Mahoma queda el Corán. Los testimonios ajenos son o bien de amigos o bien de enemigos, no se da un término medio, según el consabido: “quien no está conmigo está contra mí”. En lo tocante al testimonio personal acerca de sí mismo, en los escritos de Mahoma se arroga y atribuye propiedades divinas, al igual que Moisés y cualquier otro. En lo tocante a testimonios de extraños, los amigos y sectarios de Mahoma, de él han hablado más o menos lo mismo que los sectarios de las demás religiones de sus propios fundadores. Los enemigos de una secta hablan mal de ella, de igual forma que los seguidores hablan bien. Por otra parte, lo que cada uno testimonia sobre sí mismo es demasiado débil y de ningún peso, si no es para confundir al oyente desprevenido. Las afirmaciones de los favorables están amasadas con la misma harina, porque es evidente que lo que dicen es lo mismo que su líder. Y a los enemigos tampoco hay que darles crédito, porque hablan interesadamente. Y, a pesar de todo, cualquier seguidor de cada una de las tres religiones, con razones de muy poco peso, niega todo fundamento a la impostura del adversario y se arroga firme fundamento de verdad a la suya, verdad que no se apoya más que en su propia alabanza, o en las afirmaciones de los seguidores, o en las retractaciones de los contrarios.

No obstante, en nuestra tierra, a Mahoma se le tiene sin ningún género de duda como un impostor. Pero ¿por qué? No por su propio testimonio, ni por el testimonio de los suyos, sino por el de sus enemigos. Pero, por el contrario, entre los mahometanos es considerado como el profeta más santo. ¿Y por qué? En parte por su propio testimonio, en parte, más todavía, por el testimonio de sus seguidores. Proceden del mismo modo los que consideran a Moisés bien como santo doctor, bien como impostor. Y esa es la única razón por la que, contra lo debido a la justicia, a Mahoma y a los demás, éste le tenga por santos, aquel por farsantes. Por tanto, al modo escolástico, se puede con toda firmeza concluir de este modo:

La justicia exige que, si concurre la misma argumentación contra cualquiera respecto a la acusación o negación de impostura, sea colocado en la misma categoría que Mahoma.

Es así que contra Moisés concurre la misma argumentación. Ergo se ha de exigir la misma justicia con Mahoma y no puede ser considerado impostor.

Pruébese la menor en cuanto a la negación de impostura: ésta se deduce de lo antedichos testimonios, o bien del mismo Mahoma, o bien de Moisés escribiendo laudatoriamente sobre sí mismos, o bien de los testimonios de sus respectivos seguidores; y de aquí es necesario por justicia que se deduzca:

1. La misma fuerza probatoria que los seguidores de Moisés tienen en cuanto a eximirle de impostura, la deben tener también los seguidores de Mahoma.
 - Es así que los amigos de Moisés poseen fuerza probatoria para liberarle de impostura por medio de testimonios favorables, etc. Por tanto, etc.
2. Y la fuerza probatoria que para este fin tienen los libros de Moisés, es la misma que tiene El Corán.

Es así. Por tanto.

Hay que añadir algo más: que los musulmanes toman del mismo Nuevo Testamento (por mucho que, según ellos estén corruptos) distintos argumentos; sobre todo sostienen que Cristo instituyó a favor de su Mahoma un nuevo pacto al predicar la llegada del futuro Paráclito y haber detectado la corrupción de los cristianos. Y que, aunque el Corán sea acusado de muchas estulticias y de cuentos fabulosos e, incluso, impíos, todo eso puede explicarse en un sentido espiritual y suavizarse de otras maneras, en cuanto que introduce una profunda santidad y una rigurosa regla en las costumbres y, sobre todo, impone la abstinencia de vino. Y, si se objeta que el vino es un don de Dios, se puede responder: también lo son los venenos y no hay que consumirlos. Y lo que se suele decir, que el Corán rebosa una excesiva carnalidad y que llena la

vida eterna de placeres corporales, y que permite claramente la poligamia, eso no tiene tanta importancia como para desprestigiarlo, si tenemos en cuenta que Moisés permitió la poligamia y que en el Nuevo Testamento admite banquetes en la vida eterna, por ejemplo: "Os sentaréis en la mesa con Abraham, con Isaac, etc.". O: "No probaré el vino sino en el reino de mi padre". Sobre el Cantar de los Cantares de Salomón nada hay que añadir porque todas esas cosas, explicadas en el buen sentido, se dice que no contienen nada malo, igual que puede decirse con la misma razón del Corán. Y si somos excesivamente rigurosos contra las palabras del Corán, debemos usar del mismo rigor contra los escritos de Moisés y de otros. Por tanto, los argumentos para absolver de impostura a Moisés no parece que tengan el necesario peso y la necesaria justicia.

I. Los intercambios divinos de Moisés se apoyan en su propio testimonio o en el de sus seguidores, y por tanto no pueden tener mayor valor que los similares argumentos de los musulmanes sobre las conversaciones de Mahoma con Gabriel: y lo que es más importante, esas conversaciones de Moisés, son puestas bajo sospecha de impostura por el mismo Moisés (si es que todo lo que cree el vulgo que escribió Moisés lo escribió él en efecto), como se explicará más adelante.

II. La santidad de Moisés no es fácil de aceptar, nadie la puede fácilmente reconocer con justicia conociéndose, como se conocen, sus gravísimos crímenes. Entre ellos:

- a) Latrocinio, lo que nadie pone en duda sino sus fieles; pero éstos no eran jueces justos de los hechos, ni pueden ocultarlos una cita favorable de Lucas en los Hechos de los Apóstoles, pues persiste la disputa sobre la sinceridad y veracidad de este testigo.
- b) Incitación a la rebelión, pues no está probado que dicha rebelión hubiera tenido su origen en Dios, más aún, puede deducirse lo contrario, ya que en otro lugar se cita que la resistencia contra los tiranos está prohibida.
- c) Las guerras, o como se les quiera llamar, contra el man-

dato del mismo Moisés V y VII, masacres, botines violentos, etc. De la misma forma que el Papa en las Indias, o Mahoma en sus territorios, abusando de un pretendido título divino, expulsaron de sus dominios a los antiguos propietarios

- d) La doctrina del robo de cosas ajenas bajo el pretexto de préstamo.
- e) La obligación que toma Moisés ante Dios, por la cual se comprometía a morir eternamente en favor de su pueblo, pues, sin duda, esta súplica tiene tales implicaciones que destruyen la esencia divina (*Éxodo*, XXX, 31, 32).
- f) Su negligencia ante el precepto divino referente a la circuncisión (*Éxodo*, IV, 24, 25, 26). Y finalmente:
- g) El pecado capital de Moisés, a saber, la incredulidad máxima y crasa de quien se lee que hizo tantos milagros por la virtud de Dios, y que por el mismo Dios es gravemente advertido con amenaza de castigo a causa de su resbaladiza fe (*Números*, XX, 12).

En lo que atañe a la prueba del segundo argumento, es decir, la acusación de *impostura*, podemos decir: No nos consta por experiencia propia que Mahoma sea un *impostor*; como ya se dijo, sino por el testimonio no de sus partidarios, sino de sus detractores. Estos tales son todos los no mahometanos, según el dicho: "El que no está conmigo está contra mí", etc. De lo cual se concluye:

Cualquiera que sea la fuerza que un testimonio de detractores tenga en la causa de uno, esa misma fuerza se debe atribuir en la causa de otro. Si no es así, seremos parciales, condenando a uno por el testimonio de sus enemigos y no condenando a otro por lo mismo: con este criterio se destruirá cualquier justicia.

Es así que el testimonio de los enemigos en la causa de Mahoma tiene tal valor que se considera *impostor* a Mahoma. Por tanto, etc.

Afirmo, además, que la sospecha de que Moisés es un *impostor* puede sostenerse no sólo por argumentos externos, sino internos; por lo cual puede argumentarse tanto por su propio testimonio como por el ajeno de los otros sucesores suyos:

- I. Si los libros que se creen escritos por Moisés son de él
- II. o de los compiladores
- III. o de Esdras en algún caso; y
- IV. escritos en idioma samaritano
- V. o en lengua hebrea propia. Y si no es así
- VI. si esta lengua puede ser entendida por nosotros.

Todas estas cuestiones puede objetarse por muchas razones y, en principio puede demostrarse, con los primeros capítulos del *Génesis*, que esa lengua no la podemos traducir rectamente. Reconozco que no he podido dedicarme a estos asuntos pero quiero argumentar en tanto que hombre (*κατ' ἄνθρωπον*).

1- A partir del testimonio personal de Moisés y en concreto...

- a) Sobre su vida y costumbres, que antes hemos explicado: que si se equiparan a las de Mahoma bastante (por su agresividad guerrera exhibida, sobre todo, contra los inocentes), en otras cosas en nada se diferencian.
- b) Sobre la autoridad de su doctrina. Aquí es pertinente lo dicho antes sobre las conversaciones de Moisés con Dios, de las que se ufana, pero, al parecer, con demasiada generosidad.

Cualquiera que declara tener un trato, que no puede existir, con Dios convierte ese presunto trato, según justicia, en sospechoso.

Es así que Moisés... Luego...

Queda probado, porque se ufana de haber visto él lo que en el Viejo el Nuevo Testamento se dice después muchas veces que ningún ojo ha visto, esto es, como suele decirse, a Dios cara a cara (*Éxodo*, XXXII, 11; *Números*, XII, 8).

Vio a Dios 1) en su propia forma, no en imagen ni en sueño. 2) Cara a cara, como un amigo a su amigo, habla con él boca a boca. Y cualquier visión, una de dos 1) es como la de los amigos que hablan cara a cara, boca a boca; 2) es como la que se dice de los bienaventurados en la otra vida, visión propiamente dicha y precisa de Dios. Es así que Moisés... Ergo...

Se prueba la menor por las citas antes aducidas y por el dicho del Apóstol: “pero entonces cara a cara”, etc. Hay la misma oposición en las citas de Moisés y en la cita del Apóstol. Y, por otro lado, es verdad ciertísima entre los cristianos que nadie puede nunca ver a Dios en esta vida. Y además se añade expresamente en *Éxodo*, XXXIII, 20: “Mi rostro nunca lo veréis”. Estas son palabras que arroja Dios a Moisés. Y contradicen expresamente las citas antes alegadas de tal manera que no pueden excusarse a no ser que hayan sido añadidas por un compilador, con lo cual todo lo demás se tornará sospechoso.

c) Sobre la doctrina misma de Moisés, que es la de la Ley o la evangélica. Entre todas las leyes, que en razón de la brevedad no podemos tocar, predomina el Decálogo, que se tiene como la obra especial de Dios y se denomina Pacto del monte Horeb.

Pero parece más bien inventado por Moisés que escrito por Dios, porque estos mandamientos en sí mismos no reflejan la perfección de Dios: 1) o porque son superfluos, como los tres últimos, según el argumento de los dichos de Cristo (*Mateo*, V) que están contenidos en el primero, y el noveno y décimo no deben estar separados, o habría que distinguir pospreceptos también en el décimo; 2) o porque son defectuosos: pues cuando dice “no desearás tener dioses extranjeros”, “no desearás maldecir a Dios”, “no desearás violar los sábados”, “no desearás ultrajar a tus padres” y cosas semejantes ¿acaso no podemos presuponer que Dios se ocuparía en prohibir

cosas más importantes que las pequeñas concupiscencias sobre transgresiones domésticas, del campo o de los bienes del prójimo, y además en detalle y en un orden tan peculiar y raro?

En lo tocante a la doctrina evangélica de Moisés, *Deuteronomio* XVIII, 21, 22 establece unos signos excesivamente resbaladizos y groseros de la futura aparición del gran profeta o del Mesías, porque esos signos dejan en suspenso la fe en la profecía durante un tiempo excesivo. Se sigue de esta profecía que Cristo, habiendo vaticinado la destrucción de Jerusalén, no debe ser considerado como auténtico profeta hasta que este hecho se haya cumplido (ni Daniel, antes de que se cumplieran sus profecías). Y, por tanto, a los que vivieron entre los judíos en el intervalo entre la vida de Cristo y la destrucción, no se les puede inculpar por no creer en él, a pesar de que Pablo les lance el anatema a quienes no se adhirieron a Cristo antes de la destrucción.

Por tanto, cualquier signo que permita durante largo tiempo la libertad de creer con seguridad o no creer en el Mesías no puede tener origen en Dios, sino que, razonablemente, se tiene como sospechoso. Es así que se dan estos signos, etc. Por tanto, etc.

No es un obstáculo lo que se afirma sobre el cumplimiento de otras profecías. Porque la señal auténtica y característica de un gran profeta es ésta: que se cumpla lo que ha profetizado. Por tanto, según los hechos, no puede ser considerado como tal profeta.

Otro absurdo que parece seguirse de la misma cita es el siguiente: que ese criterio, que debería ser el criterio divino de todos los profetas, en ciertas profecías no puede encontrarse claramente por ningún lado, a saber, porque lo hacen sin definir el tiempo o porque lo hacen de forma definida pero con palabras que admiten un amplio margen de interpretación (como, por ejemplo, dentro de poco, enseguida, próximamente, etc.) Por ejemplo, muchos han predicho el fin del mundo, y Pedro dijo que estaba muy próximo. Por tanto, hasta tanto no llegue ese día no puede ser considerado verdadero profeta. Así por tanto, se tiene que juzgar la cita de Moisés.

d) Sobre las historias de Moisés. Si el Corán es acusado de incluir muchas fabulaciones, ciertamente podemos observar en el Génesis otras muchas que no pueden sino provocar sospecha en el lector atento: como la creación del hombre del barro, el soplo del espíritu, Eva hecha de la costilla del varón, una serpiente que habla y seduce a un hombre lleno de sabiduría y a quien no se le ocultaba que la serpiente estaba poseída por el padre de la mentira; el acto de comer la manzana, fatal para todo el orbe, que convierte uno de los atributos de Dios, la clemencia (que se identifica, además, con su esencia) en finita, igual que la rehabilitación de los pecadores convertiría la ira de Dios en finita, y por ello a Dios en finito, pues la ira de Dios es el mismo Dios; hombres que viven ochocientos y novecientos años, el viaje de los animales en el arca de Noé, la torre de Babel, la confusión de lenguas, etc. Estos relatos, y otros mil semejantes, tienen que parecer necesariamente como fabulaciones a cualquier observado de libre pensamiento. Son más que nada relatos propios de rabinos porque también el pueblo judío es muy propenso a las fabulaciones, y no son en absoluto discordantes con los relatos de Ovidio, de los chinos o de los brahmanes hindúes, que cuentan cómo una bella doncella, nacida de un huevo, parió el mundo. En especial parece insistir Moisés en el hecho de que Dios continuamente se contradecía: por ejemplo, todo era bueno, pero no era bueno que Adán estuviese solo. De donde se colige que había algo externo a Adán que no era bueno y que podía dañar la perfección de Adán; pero, teniendo en cuenta que incluso esta misma soledad de Adán era obra de Dios, porque había creado no sólo la bondad de las esencias sino también la bondad de las cualidades; eran, pues buenas todas las cosas creadas precisamente en la cualidad en que Dios las había creado.

Demuestro: cualquier obra creada por Dios no es posible que no sea buena.

Es así que la soledad de Adán... etc. Por tanto, etc.

- I) Quienes se dedican al estudio de las genealogías del Antiguo Testamento encuentran en Moisés muchas dificultades. No las vamos a exponer, salvo este caso: que Pablo, en Timoteo, I, 4; advirtió que las genealogías son inútiles, su estudio era infructuoso, incluso había que evitarlo. ¿A qué vienen, pues, tantas genealogías de Moisés, tan diferentes de hecho, incluso tantas veces repetidas? Veamos un ejemplo particular que lleva, como mínimo, a la sospecha de corrupción o a la inadvertencia de los compiladores: es la diferente manera de enumerar las esposas de Esaú:

ESPOSAS DE ESAÚ

Génesis, XXVI, 34: Judit, hija de Berith, Hitita; Basmath, hija de Helón, hitita.

Génesis, XXVIII, 9: Mahalaad, hija de Ismael, hermana de Nabajoth, que sucedió a las dos primeras

Génesis, XXXVI, 2: Ada, hija de Helón, hitita; Ahalibama, c.l.; Basmath, hija de Ismael, hermana de Nabajoth

Según esto, la Ada de *Génesis* XXXVI se dice que es Basmaath en *Génesis* XXVI, hija de Elón el hitita. Y la Basmath de *Génesis* XXXVI es Mahalaad en *Génesis* XXVIII, donde se indica que ha sido desposada después de Judit y Basmath, nombradas antes en *Génesis* XXVI. No hay modo de conciliar estos datos. Y estos ejemplos, y otros semejantes, alimentan la sospecha de que los escritos que tenemos como de Moisés han sido redactados por compiladores, y que, en ocasiones, cometieron errores al escribir.

Y, por último, puede achacarse A Moisés esa excesiva tautología y repetición inútil, y, además, siempre con variantes, como si las diversas enumeraciones hubiesen sido recopiladas por diversos autores.

- II) Cómo se puede acusar a Moisés de sospecha por el testimonio de otros, y no sólo de sus enemigos, sino también de los que se declaran abiertamente sucesores y seguidores. Que son:

- 1) Pedro (Hechos, XV, 10), que califica las leyes de Moisés como insoportables, de donde se deduce que o Dios sería un tirano, lo que no puede ser, o que Pedro dice falsedades, o que las leyes de Moisés no son divinas.

- 2) Pablo, que siempre habla negativamente de las leyes de Moisés, lo cual no haría si las considerara de origen divino. Como en *Gálatas*, IV, donde las llama:
 - a) Cautividad, v 3, 4. ¿Quién llamaría así a las leyes de Dios?
 - b) Miserables preceptos, v9
 - c) En el v 30 escribe: "Repudia a la esclava con su hijo". La esclava es el testamento del Monte SINAI, que es la Ley de Moisés según el v 24. ¿Quién puede tolerar esta expresión: "Repudia la ley de Dios junto con sus hijos y sectarios" Aunque el mismo Pablo no cumpla con lo que aquí y en el capítulo siguiente (*Gálatas*, v2,3) dice, al circuncidar a Timoteo (*Hechos*, XVI, 2)
 - d) Llama a la Ley letra muerta y afirma que no permanecen los otros preceptos anteriores. Y también que no tienen una luz digna de estima (v 10)

¿Quién diría estas cosas de una santísima ley de Dios? Si, ciertamente, fuera divina como el Evangelio, debería tener la misma claridad, etc.

Los testimonios de aquellos que están fuera de la Iglesia judaica o de la cristiana...

Falta el resto

ÍNDICE

Introducción. El Tratado de los tres impostores: un panfleto libertino contra el integrismo (por Juan Pedro García del Campo)	5
<i>Tratado de los tres impostores</i>	23
<i>De tribus impostoribus</i>	69